

BEATRIZ ESPEJO

ALTA COSTURA

editorial

mk

BEATRIZ ESPEJO

ALTA COSTURA

Relatos de mujeres que por sus prejuicios se condenan a sí mismas a vivir en lucha permanente con su realidad.

Alta costura, Premio Nacional de Cuento 1996, es una de las mejores obras de Beatriz Espejo. Serie de cuentos que nos narran las preocupaciones de las mujeres maduras obsesionadas por la llegada del inevitable deterioro físico y la paulatina extinción de la belleza. Asimismo, la escritora nos describe, de manera magistral, la preocupación de éstas por cubrir los vacíos dejados por su poco placentera vida sexual.





D.R. © Beatriz Espejo, 2014

D.R. © Sextil Online, S.A. de C.V. 2014
Por la presente edición electrónica

Primera edición:
Marzo 2014

FOTOGRAFÍAS

Portada:
SSylenko/Shutterstock.com

Sextil Online, S.A. de C.V.
55 52 54 38 52
contacto@editorial-ink.com

Esta obra es propiedad intelectual de su autor y los derechos de publicación electrónica han sido legalmente transferidos a SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V., por lo que se encuentra protegida por la Ley Federal del Derecho de Autor, su Reglamento y las leyes internacionales sobre la materia. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier forma o medio sin la autorización previa y por escrito de SEXTIL ONLINE, S.A. DE C.V.

ISBN:
978-607-9351-28-1

Editorial Ink es una marca registrada de Sextil Online, S.A. de C.V.
Visítanos en: www.editorial-ink.com

BEATRIZ ESPEJO

ALTA COSTURA

Alta Costura ha sido hasta la fecha uno de mis libros más afectados. Por el elevado Premio For Livi de Curato y varios de sus textos han sido antologado en diferentes publicaciones.

El título no se refiere sólo a los talleres de confección que imponen modas sociales, pretenda remontarse a regiones ontológicas y hablar de la alta costura de las mujeres los hilos de nuestros destinos.

Adios esta publicación, con agradecimiento y cariño, a quienes le subieron por las narraciones breves y su gran poder de concisión que en pocas páginas impone la complejidad de la vida.

Beatriz Espejo

Alta Costura
Beatriz Espejo



Sólo era una broma para Jaime Labastida

Aquel sábado hubiera sido igual a cualquier otro, si Carmen Acosta Rosas del Castillo no hubiera reparado —como una premonición— en que se levantaba de la cama con el pie izquierdo. Apoyó la planta desnuda sobre la alfombra y un escalofrío horroroso le recorrió la espalda —¡Ojalá nada malo me suceda!, rogó a sus santos protectores. Pero no se detuvo más a pensar las consecuencias funestas que podría traerle su mal paso, porque una lista de pendientes se proyectó en su imaginación como película de dieciséis milímetros al ritmo apresurado de una carrera de obstáculos. La invadieron sin motivo las mismas náuseas que la doblaban sobre su estómago todas las mañanas antes de ir a la escuela. Se sobrepuso, así lo había hecho siempre, y se autordenó pasar al despacho para asegurarse de que el mensajero hubiera puesto en el correo la carta urgente que el señor Malvido dictó a última hora la tarde anterior. Luego, Carmen continuaría su camino rumbo a Liverpool. Detestaba los grandes almacenes que apenas franqueadas sus puertas la impulsaban a gastar en cosas innecesarias, la transportaban hacia un estado febril de competencia que vencía mediante esfuerzos de sensatez; pero quería comprarse esos aretes. Hacían juego con el vestido negro de lunares blancos que su tía Rosario le había enviado desde Perote dentro de una caja envuelta con papel manila. Regalo de cumpleaños confeccionado por una costurera aplicada en los terminados de ojales y bastillas y no muy al tanto de la moda. Acomodados en un estuche de terciopelo, los aretes lanzaban destellos comandando varias hileras de piedras coruscantes y seductoras. La dependienta los había colocado allí por ser los más llamativos y caros.

Aunque Carmen era parca en sus costumbres de vez en cuando despilfarraba dándose pequeños gustos. Y su complacencia voló por el condominio de una recámara en el cual no faltaba nada, desde la tostadora de pan, la sarteneta eléctrica y el horno de microondas en la cocina, hasta los más modernos adelantos de la técnica audiovisual representados por un estéreo de discos compactos y una televisión de veintiuna pulgadas en la estancia. Por supuesto nadie le había regalado ese confort resultado de trabajos forzados adivinándole el pensamiento al señor Malvido como secretaria particular. Afortunadamente, casi en los principios del siglo XXI, las mujeres aprendieron a valerse por sí mismas con eficacia y orden cuando saben que los bienes? de hoy remedian las penurias futuras; sólo así enfrentan una vejez digna si no dependen de nadie ni cuentan con parientes que las mantengan. Y sin mediar más razonamientos prácticos a los cuales solía aferrarse, Carmen sintió que los años se le habían ido en un guiño, un parpadeo. Antes de que se fuera el ayer, llegó el mañana y el hoy no aparecía nunca. Se sumergió en una luz azul, en una tristeza vaga, con el sentimiento de que los días empezaban a contar. Tuvo esa certidumbre al servirse una taza de café y dos o tres galletas sobre un plato.

Una deformación profesional la obligaba a escribir mentalmente en taquigrafía los pendientes cotidianos. Por la tarde iba a poner orden en su clóset y a lavarse el pelo. Siempre se lo había dejado largo para tejerlo en una trenza alrededor de la cabeza. Reconstruyó la imagen de una compañera suya en la preparatoria, la más afortunada de la clase, que se burlaba a carcajada limpia por esa costumbre de lavarse el pelo sólo los

sábados. Aquella niña tenía dotes de soprano: “¡Oh María, madre mía! ¡Oh consuelo del mortal! ¡Amparadme y llevadme a la patria celestial!”, cantaba parada en lugar de honor en tanto las demás formaban interminables filas, que daban vueltas y vueltas al patio, para depositar flores blancas a los pies de una Concepción estofada que subida en alto recibía la ofrenda, cubierta por su manto azul, marco de un rostro hermoso e imperturbable.

Sin embargo aquella niña, dispuesta a tocar las campanas del paraíso, escondía algo diabólico bajo su mirada ávida, sus senos trémulos y su cinturita de avispa que ni la lana del uniforme azul marino lograba disimular. Era un demonio al que la suerte le había proporcionado cuanto una adolescente desearía. Un gran coche color camote que echaba chispas desde su cofre pulido la llevaba diario a las puertas del colegio y la esperaba antes de la salida. Usaba sobre el pecho una medalla guadalupana rodeada de brillantes. Se la había dado un novio de dientes perfectos hechos para anunciar pastas dentífricas. Y, eso ya parecía imperdonable, los padres de esa niña le cumplían cualquier capricho convencidos de que era un ángel de carne y hueso. No sospecharon que escondía una crueldad filosa ejercitada contra los débiles, contra una muchacha que boleaba tenazmente sus zapatos empuñándose en borrar las raspaduras de la piel a base de betún negro. Desde el extremo más lejano del salón, con un falsete, le gritaba impostando la voz: “Carmen Acosta, que te pica una mosca”, y parecía rascarse con diez uñas su cabellera llena de ondas oscuras y sedosas. O se apretaba la nariz para no oler algo apestoso. Siete y ocho cretinas celebraban el chiste. Formaban un grupo homogéneo, cerrado. Juntas recorrían capillas y canchas de juego en alegre complicidad, desafiando el santo temor de Dios, convencidas de que el porvenir no les reservaba ninguna sorpresa desagradable, que serían siempre jóvenes, ricas y bellas. Y cuando veían que con sus impertinencias Carmen casi quería morirse, la consolaban convenciéndola de que estaban bromeando. Ella hubiera anhelado tenerlas de amigas; pero nunca se atrevió a enfrentar un rechazo.

Entre todas, aquella niña representaba el prototipo de la ventura. No celeste sino terrena. Como si, con sus notas sobresalientes en todas las materias, hubiera llegado en primer término a la repartición de bienes. Carmen sentía que le había tocado uno de los últimos lugares, cuando las flores de la virgen comenzaban a marchitarse. Y aquella niña se convirtió en objeto de su envidia sangrante. Soñaba con ella sueños donde la hacía representar distintos papeles como una madre burguesa idolatrada por el hombre de dientes publicitarios, transformada en estrella hollywoodense, en ejecutiva noeyorkina, en cantante de ópera erguida a mitad de un escenario iluminado con rayos violetas, énfasis perplejo a las dulces notas de un aria que flotaba suavemente hasta la fila z del tercer piso en el Palacio de Bellas Artes, donde Carmen Acosta sentada en una oscura butaca temblaba de admiración y de rabia. Al despertar descubría que se trataba de aprensiones falsas, cosas sin fundamento; pero en las horas de vigilia y tráfigo cotidiano conservaba un sentimiento inexplicable, la certidumbre de que aquella niña le había robado absolutamente todo su patrimonio en este mundo, las oportunidades de ser feliz. Era su enemiga, su contendiente.

Con el tiempo se desdibujaron los rasgos de ese rostro tan amorosamente odiado. No lo había visto en un cine, a la salida del súper, al abordar algún vehículo o en reuniones de ex alumnas a las que, por otra parte, Carmen jamás asistía. No había descubierto fotos suyas en los periódicos ni leído su nombre en las secciones de sociales o en una escuela de defunción; pero, aunque las matemáticas del destino nunca son como las de un ejercicio escolar, Carmen presentía que volverían a encontrarse.

Bebió a sorbos pausados una segunda taza sin reconfortarse con el aroma del café veracruzano y, como si le hubiera caído encima un capote de lana, hizo con la mano un gesto espantándose una mosca inexistente que alejara malos pensamientos. Revisó su bolsa. Traía sus llaves y las de la oficina del señor Malvido, licencia automovilística, nota de la tintorería que amparaba su mejor traje, el sueldo quincenal. Aún no lo distribuía en sobrecitos dedicados a sus pagos mensuales, incluso la parte consagrada a su libreta de ahorros. Llevaba, además, dirigida a su tía Rosario una tarjeta postal sin timbres. Se convenció de que nada le faltaba y salió cerrando la puerta con la meticulosidad de un portero responsable.

Desde el fondo de sus moléculas de plástico, los iridiscentes zafiros le decían ¡cómpranos! Y a esa petición se unían los destellos de las circonias engarzadas en cerquillos que le suplicaban ¡haznos tuyos! Prometemos mejorar tu apariencia, fingirnos genuinos, tapar las sutiles cicatrices que detrás de las orejas te dejó la cirugía plástica. Carmen dudó aún unos segundos. Al rato quién sabe si no le hubiera importado tanto; pero en aquellos momentos sufría abandonándolos en espera de otra clienta. Se alejó algunos pasos y reconsideró la necesidad de poseerlos. Con decidido gesto de potentada sacó una mica amarilla y dijo ahogándose con el desplante:

—A mi cuenta, por favor.

Guardó dentro de su bolsa otra bolsita rosada con el precioso tesoro y, tal vez por la angustia que la decisión había significado, el café causó efectos y tuvo unas ganas enormes de orinar. Así pues fue al baño de mujeres. Entró despreocupada e instantáneamente experimentó una sensación desagradable en la nuca, la fijeza de una mirada bizca a su espalda. Una morena que se recargaba desenvuelta contra el lavamanos la observaba con arrogante curiosidad. Carmen no prestó demasiada atención urgida de que desocuparan algún excusado: el primero libre, lo gano yo. Las necesidades imperiosas nos impiden ser corteses, pensó recorriendo con los ojos puertecillas recortadas bajo las cuales asomaban piernas de distinto grosor y zapatillas de varios tamaños.

Por fin salió una señora y antes de extinguirse el ruido de la cadena, Carmen entró apresurada. Puso su bolsa en el suelo y se entretuvo levantándose la falda y bajándose la pantimedia. Entonces, incrédula, sin entender lo que pasaba, descubrió una blanca mano de largas uñas que en un rápido desliz agarraba su bolsa y la desaparecía por el hueco entre el piso y el filo de la puerta.

Carmen se vistió como pudo y corrió tras la ratera. No se encontraba ya en el baño, en el pasillo, ni era identificable entre las innumerables personas que recorrían los departamentos de distintos artículos, o entre las que subían o bajaban las escaleras eléctricas. Ninguna se parecía a la descarada en quien apenas había reparado y que sin duda era la delincuente. Furiosa, Carmen levantó su queja ante los detectives del establecimiento y hubiera pedido auxilio al cuerpo policiaco entero y al cuerpo de bomberos completo; pero resultaría inútil.

El enojo se le convirtió en depresión. Los espíritus visibles e invisibles eran causa de su mala suerte. Con pies de trapo logró apretar el botón del elevador y pedirle a su vecina el duplicado de la llave que guardaba para emergencias. Esa noche no durmió. En un estado catastrófico concluía que la vida acaba con todo y deja que se escurra fuera de nuestro alcance. ¿La vida? Quizá nosotros mismos, se culpaba dando vueltas en el campo de batalla de su cama y ahuecando la almohada, esponja que sorbía el manantial de sus lágrimas.

Sin embargo, el lunes se presentó puntual al despacho y desempeño sus obligaciones con

un cierto automatismo que sólo hubiera notado alguien que la mirara con interés. Cerca de las doce sonó el teléfono. Una soprano ligera preguntaba por ella y enseguida se identificó como la autora del hurto. Estaba apenadísima por haber sucumbido a su cleptomanía. Actuaba por impulsos y luego la vergüenza le causaba sufrimientos tremendos que los psicoanalistas no remediaban. Claro que devolvería lo robado para lo cual deberían encontrarse otra vez en el tocador de damas de Liverpool. Allí le entregaría sus cosas, incluyendo los aretes tan exquisitos y azules.

Carmen se mostró dispuesta a perdonar y hasta dio las gracias por lo que creyó un elogio a su gusto personal. El señor Malvido se dispuso a prescindir de sus servicios esa tarde y ella llegó a la cita antes de las cuatro. A partir de esa hora consultó su reloj constantemente, cada quince, cada diez minutos y un sudor frío le nacía de la trenza y le bajaba hacia el escote. Nadie dio señales de reconocerla o de intentar hablarle, ni siquiera mientras las luces fueron apagándose y los rincones de la tienda quedaron desiertos.

Segura de que la habían hecho víctima de una nueva jugarreta, Carmen Acosta Rosas del Castillo quiso refugiarse en la tibieza de sus sábanas para llorar a grito pelado. Cuando regresaba, todavía pudo ver desde lejos un camión de mudanzas que partía de su casa a toda prisa.

Desfile de modas para Ana Rosa Domenella

¿Dudé en ir por la certeza de que ella estaría allí, con una juventud en la que no podía creerse? Mejor pensando, por eso fui. El desfile de modas no me interesaba, a mí, tan pasada de peso, dándome siempre plazo para mantener una dieta rigurosa que he memorizado y que continuaría con éxito si quisiera. Se reduce a controlar el metabolismo, disciplinarse, beber mucha agua, tres litros diarios, huir de grasas y harinas como si fueran la peste. Y llega el momento que ni siquiera sientes hambre; pero desde hace meses desistí. ¿Meses? Años. No muchos, unos cuatro o cinco. Acepté irremediamente mi falta de voluntad para seguir lo que tantos doctores me recomiendan. Desayuno, huevo frito en Pam, o rebanada de jamón o de tocino; media naranja, una taza de té o café. Cada tercer día una tostada. Comida, crema de zanahorias o calabacitas, ensalada, cien gramos de carne, té. Noche, manzanas y té. ¿Verdad que es maravilloso y fácil? Usted misma puede diseñarse sus menús y le garantizamos que baja kilo y medio por semana hasta ponerse como sílfide tuberculosa. Con tanta frugalidad adelgaza un rinoceronte. Ándele no se desanime, respire hondo, tome valor y felicítese a sí misma cuando sea más delgada, sin esos senos melones en desacuerdo con su edad y esos muslos que se tropiezan uno contra otro.

Y a pesar de los pesares no logro privarme de los pasteles que venden por todas partes rellenos de chocolate lustroso, un suave terciopelo, y las trepidantes pastitas y el café irlandés con su buena porción de whisky y su crema batida arriba, coronación de espuma. Por supuesto, eso ya ni se pregunta, cantidades industriales de espaguetis bañados en salsas condimentadas, chilaquiles mañaneros, nuestros suntuosos antojitos que hasta en la televisión anuncian y las gordas y picadas veracruzanas como cuando aún estábamos juntos, la familia reunida, y jugábamos al nacionalismo y cada sábado llegaba a casa una negrita, Rosario, contratada para tortear el sabor de tierra caliente.

Aparte de mis kilos no soy fea. Con mis ojotes verdes, mi dentadura impecable y estas cejas pobladas iguales a las que tiene las nietas de Hemingway. Sólo que no me preocupo por la silueta, sino al ir de tiendas y comprarme trajes dos tallas menores que se quedan colgados en el clóset porque los botones casi revientan y los sacos me inflan chipotes en la espalda. Mientras adelgazo uso ropa provisional, camisetas holgadas, jeans, suéteres amplios. Por eso no supe bien qué ponerme para venir sin parecer desaliñada al compararme con otras muchachas que miden uno setenta y cinco y tiene cabellos sedosos como colas de caballo, o con las señoras tan pulcras y cuidadas.

Temblaban mis manos cuando le entregué las llaves del coche al *valet—parking* y antes de bajar, en el espejo retrovisor, me arreglé los rizos llenos de luces rubias y me retoqué el carmín de los labios y el rubor de las mejillas. Después de todo, me dije, voy a verla y quizás me toque sentarme más o menos cerca de ella, siempre dueña de sí misma, con su aureola perfumada.

¿Perdió esa compostura al conocerme? Ni siquiera imaginaba que sucedería ¿O sí? Lo había previsto alguna vez, estoy segura, en sus insomnios, en sus desvaríos, mientras paría a sus hijos. ¿Durante la fiesta en que Sebastián pidió su mano habría soñado que yo la

llamaría? Un día irrelevante, al inicio de sus rutinas cotidianas, ante sus porciones de toronja y avena con leche calentada en el microondas ¿supuso que sonaría la hora en que íbamos a vernos? ¿Escuchó en la distancia el tono de mi voz buscándola a través del océano? Al oírme, nada me lo dijo. Modificó levemente, creo, la inaccesible cordialidad con que contesta el teléfono. Y sin embargo yo había emprendido un verdadero interrogatorio desenredando una madeja hasta hallarla, y supe que necesitaba hacerlo desde que tuve la edad suficiente para valerme por mí misma.

Tan pronto me decidí, las cosas se precipitaron sin mayores obstáculos, milagrosamente. Viajé a Barcelona. Visité las maternidades privadas y pedí que me enseñaran los archivos. No lo permitían las reglas, pero el peso todavía vale más que la peseta. Y allí reposaban aquellos valiosísimos expedientes apilados sobre una mesa esperando que yo los revisara. El 28 de febrero de 1970 nueve mujeres dieron a luz. Cinco tuvieron hijos hombres; cuatro niñas. Entre las madres una acababa de cumplir diecisiete años. Brillaba por su ausencia el apellido del padre. Figuraba el de los abuelos y refulgía, como si lo hubieran caligrafiado con gas neón, el nombre de la madre, Laura López Escamilla que había parido a una criatura de tres kilos ochocientos gramos perfectamente saludable. No me cupo ninguna duda. Era ella.

El siguiente paso fue incluso más sencillo. Bastó con recorrer mi dedo índice siguiendo en línea descendente los López Escamilla del directorio. Veinte en total. El quinto me preguntó qué deseaba. Le respondí de la manera más cautivadora que una amiga de Laura quería transmitirle saludos. Sin desconfianza alguna el tío Ernesto me indicó que ella vivía en las afueras de la ciudad. Anoté su número privado. Y marqué cuatro veces. Se me revolvían los dígitos como si estuvieran inscritos en agua. Y al fin escuché las frases guturales de quien siendo catalana habla español. No estamos para atenderte pero puedes buscarnos en otro sitio. Sebastián responde su línea directa. Yo me encuentro en el negocio. Si prefieres dejarnos un mensaje, espera la señal y nos comunicamos contigo.

No dejé mensaje. Con el corazón tamborileándome en las sienes la llamé un lunes a la tienda de telas finas. Contestó personalmente. Yo tenía preparado mi pequeño discurso. Pero emocionada, logré balbucear alguna tontería. Tú me conoces. Yo no te conozco a ti, dije. Cuando debí decir al revés como una revelación auditiva. O empezar el diálogo de otra manera. Finalmente le pregunté si sabía quién hablaba. Me lo imagino, repuso. Entonces déjame verte, déjame platicar contigo, invitarte a comer. Se hizo un silencio. Temí que colgara y hasta le pregunté si continuaba allí, con el auricular sobre la oreja. No había colgado, pero necesitaba meditarlo. ¿Dónde te hospedas? ¿Cuarto 201 del Ritz? Me pongo en contacto. Pensé que se escucharían las campanitas de la comunicación a la media hora y permanecí encima de la cama hojeando revistas con el radio prendido. Luego salí a turistear. Aprecié del piso a las torrecitas la magnificencia de la iglesia que Gaudí dejó inconclusa. En el Parque Güel un tipo intentó propasarse y cuando no le hice caso me lanzó una broma obscena. Comí como desesperada en un bar por el rumbo del monumento a Colón, anduve por las ramblas aunque las agujas heladas del aire marino calababan mi piel. Me auto descubrí reflejada en el aparador de una charcutería y tuve una enorme lástima por algo desvalido y triste en la expresión de mi cara y cada vez al volver, en cada entrada y salida, preguntaba a la recepcionista si alguien me había hablado. Llamó el jueves.

Se me cortó la respiración como si fuera a morirme descubriéndola parada en el vestíbulo. Menuda, más baja de estatura que yo, vestida con un Chanel azul que hacía juego

con la camelia que llevaba en la blusa de cuello alto y la bolsa de cadena al hombro. Tal como la había imaginado el día anterior o veinte años atrás, sólo más joven Me acerqué con la mano extendida efusivamente. Me recibió sin sobresaltos. Caminamos hacia un lugar cercano al hotel en cuyo estacionamiento dejó su coche. Entramos a un restorán ni chico ni grande, más bien íntimo. Elegí una mesa junto a la ventana, hacia la calle. Dudó un instante, pero estuvo de acuerdo y quedamos una frente a otra, una frente a otra nuestras copas de vino, nuestras servilletas extendidas sobre la rodilla. Me embelesaban sus pestañas alargadas con una máscara café y las colinas de sus pómulos acentuados por el rubor del maquillaje. Tiene los ojos color aceituna con diminutas rayitas rojas y negras; pero no lo aseguro porque nunca me miró de frente, ni siquiera una vez; como si no soltara prenda o pensara que en ese único momento había quedado a mi merced, a merced de un pasado que perturbara la calma chicha en que navegaba tanto tiempo, con su marido arquitecto y sus dos hijos varones estudiantes ya de bachillerato. Por eso ella vendía telas exclusivas y conservaba una clientela exigente, de excelente gusto. Surtía a los modistas más famosos, los que confeccionaban vestidos de novia o de noche y, claro, sin desatender sus obligaciones domésticas ni la oportunidad de acrecentar su patrimonio. Siempre con los ojos bajos, untando el pan con mantequilla, partiendo en bocados su filete a la pimienta verde, se mantuvo imperturbable cuando le pregunté: ¿Nunca pensaste en mí? —Procuró no hacerlo, contestó alcanzando con el tenedor las verduras. En la España franquista no resultaba fácil, a los diecisiete años recién cumplidos, quedar embarazada de un novio también adolescente que la había plantado. Y sus padres, buenos católicos, puntuales a la misa de doce los domingos y a guardar los mandamientos, jamás hubieran permitido el aborto. Imposible ese crimen. Era mejor la larga espera del parto y luego tomar medidas. Las monjas reparadoras se encargarían de todo y aquí no ha pasado nada. Un tropiezo poco importante si mantenían la compostura. Sebastián no lo sabía. Ni siquiera con una botella de brandy Felipe II entre pecho y espalda se le hubiera ocurrido que aquella muchacha avanzando hacia el altar, velada por su tul sostenido con una corona de azahares, había resbalado en el tobogán de un desliz. Que ese talle de lirio se había hinchado nueve meses para gestar dentro, célula por célula, hasta parir en perfecta salud a una niña de tres kilos ochocientos gramos con hoyuelos en los brazos, solicitada en adopción por unos mexicanos ricos, adoradores de la raza blanca, de los Tonatiuhs dorados.

Y a los postres, mientras metía la cucharilla en el arroz con leche, me aclaró furtivamente, te pareces a tu papá. Y regresamos sin prisa y sin demoras. Volteada hacia la calle donde transitaban los automóviles me preguntó si era feliz. Le dije que sí, muy feliz. Nunca he pensado en suicidarme ni me siento desposeída, solitaria o abandonada. Inmensamente dichosa salvo por esta gordura que prometo combatir para que si nos juntamos de nuevo me veas tan elegante y esbelta como tú; pero no me pidió mi dirección, ni fijó otra cita, ni prometió escribirme.

Ahora, sin esfuerzos, su nombre volvió a llegarme a través del correo entre los organizadores de un desfile de modas europeas. No había que buscarla cruzando el mar. Estaba a la vuelta de la esquina.

Con un sentimiento reptante entre el manantial amoroso y el río oscuro del rencor, subí cuatro o cinco peldaños con rápidas zancadas, la entrada a la Hacienda de los Morales. Las edecanes me dieron un abanico, con el logo de Lufthansa, necesario para el calor de la multitud. Caminé sobre los tapetes rojos tendidos contra las mesas del bar, hasta el salón La Troje acondicionado con una inmensa pasarela parecida a una lengua donde al ritmo de rock

brincoteaban las modelos con sus piernas de flamingo. Se reemplazaban unas a otras pasmosamente veloces como si se jugaran la vida frente a un gentío sentado en varias hileras de sillas con su respaldo almidonado. Les eché sólo un vistazo. Me entregaba en cuerpo y alma a la imposible tarea de encontrarla.

El bistec

¡Ruperta, no dejes la ropa tendida al sol tanto tiempo! Se decolora y queda hecha puras garras. ¡No olvides picar bien las calabacitas y ponerles su epazote! ¡Compra en la farmacia mi medicina para los nervios! ¡Lava el patio con jabón y escobeta para despercudirlo! ¡Que la sopa quede sabrosa! ¡Corre por los niños a la escuela! ¡Abre la puerta, el señor viene tropezándose como acostumbra! Y Ruperta a todo decía sí. Vólaba por la casa, dejaba pulcros los rincones, limpiaba de rodillas pisos, sacudía hasta marcos y espejos, demostraba su eficacia inigualable y arreglaba los problemas de su patrona que era una verdadera generala disciplinando sin tregua ni cuartel. A veces quedaba pasmada ante la autonomía de su propia voz tarabilluda que no paraba de mandar convertida en un tic nervioso. A ella misma le resultaba inexplicable el aguante y la fidelidad perruna que Ruperta le había demostrado durante diez años. Era capaz de leerle presurosa el pensamiento y los deseos con sólo mover los ojos, chasquear la lengua o tronar los dedos, como esclava a la que nunca se le ocurriera liberarse. Sumisa y reidora decía “Lo que usted disponga niña” y mostraba su dentadura perfecta con un fulgurante diente de oro a pesar de la miseria que ganaba.

Las amigas de Lucrecia lo comentaban perplejas mientras padecían contingencias domésticas y en la más absoluta desesperación pegaban a las ventanas cartulinas del consabido letrero: “Se solicita sirvienta”. Y lo quitaban arrugado y amarillento sin que nadie ocupara el empleo.

Pero el brujo fue terminante: “Si usted quiere recuperar a su marido, que deje de emborracharse y de ser mujeriego y parrandero, si quiere que se engríe con usted otra vez, ese es el único remedio. No existe ningún otro que yo le garantice”.

Lucrecia pagó la consulta y anduvo por los arrabales de Catemaco un poco dubitativa, tropezándose con las piedras. Los tacones se le hundían en el lodo mientras cavilaba sobre la manera de hacerlo. Afortunadamente estaba a punto de que le bajara la regla y había poco tiempo para los arrepentimientos. A los tres días vino la visita esperada con su natural secuencia de cólicos y depresiones. Lucrecia sacó fuerzas de flaquezas y se dispuso a no echar el consejo en saco roto. Fue a la carnicería para elegir una succulenta chuleta gorda y jugosa. La extendió en un platón. Hizo gala de buena *gourmet* y maquinalmente la preparó tal como le gustaba a su marido condimentada con ajo, sal, pimienta, salsa inglesa, una cucharadita de mostaza (para que se disimule el sabor, pensó) y luego venció sus reticencias cuando susurraron nuevamente en sus oídos las recomendaciones del brujo, “agregue usted sangre de su menstruación y cocínelo”. Así que añadió el toque maestro antes de voltear la carne por todos lados y remojarla bien. La puso en el refrigerador y esperó jubilosa la hora de la cena.

El marido llegó jetón y medio borracho. Ella respiró hondo pidiéndole a sus ángeles custodios que le dieran paciencia. Disculpó incongruentes impertinencias y sin prestarle importancia al asunto preguntó con dulce entonación:

—¿Te gustaría merendar una carnita asada?

La respuesta fue una especie de gruñido y un movimiento soez para endilgarse la

servilleta al cuello.

Lucrecia tocó su campanilla y pidió imperturbable:

—Ruperta, fríe el bistec que preparé hace un rato y sírveselo al señor con guacamole y frijolitos.

Ruperta miró al vacío, retorció la punta del mandil y repuso:

—¿No querrá el señor unos chilaquiles?

—No, mujer, no. Trae el bistec —dijo rápidamente Lucrecia antes de que su cónyuge cambiara de opinión.

—Usted perdona niña acabo de comérmelo. Lo vi tan sabroso que se antojó —¿Le hago al señor unos chilaquiles?

—¡Que sean verdes! —rugió el marido.

Desde ese momento Lucrecia empezó a ordenar, ponles queso fresco y cebolla. Y mañana lavas la ropa atrasada desde hace una semana. ¿Ruperta? ¿Oíste, Ruperta?

Una mujer altruista para Luis Mario Schneider

¿Cómo imaginarlo? No soy adivina y a los diez minutos de llegar, la madre se presentó en mi recámara con el informe triunfal de que la criatura se había dormido. Me pareció que las cosas pintaban bien y le pedí que, como su niña estaba educadita, apurara los quehaceres domésticos pues me gusta el orden. Soy nerviosa ¿sabe usted? Amante de rituales cotidianos que me permitan moverme por la vida sin tropiezos. Pero no quiero salirme de cauce sino anudarle el hilo de las anécdotas y su desarrollo exacto, y apenas entiendo la trampa que se abrió envolviéndome en una pesadilla.

Tan pronto me anunciaron ese sueño redentor en el cual empezaba a confiar, escuché llantos estridentes nunca salidos de las gargantas humanas. Me levanté de mi asiento creyendo que la criatura se había asustado por despertar en un cuarto desconocido o que se había roto una mano. Pensé en tal clase de fractura luego que la vi casi instantáneamente caminar hacia mí tambaleándose sobre sus pies, con la boca torcida. Aún hablaba poco y no entendí lo que ocurría. La cargué en brazos y su madre me previno explicándome que siempre lloraba con la misma fuerza descomunal y que su temple auguraba a una futura cantante operística. “Cuando chilla, la oigo en cualquier parte donde me encuentre”, confesó satisfecha por las ventajas prácticas de esos ímpetus.

Lo malo era que no sólo ella la oía. También la oían los demás. De una tienda cercana mandaron decirnos —ahora sé que con la amabilidad resignada de este pueblo acostumbrado a padecer— que nunca habían conocido personas cuyo llanto traspasara paredes y retumbara en los sesos de quienes estuvieran junto. Ese llanto, que hoy rememoro empavorecida, rebotaba contra los muros de la manzana entera veinte veces mañana y tarde, plañido motivado a la menor provocación, causa suficiente para que yo pusiera el grito en el cielo; sin embargo, me lo impedían varias cosas. Como usted no ignora, las mujeres modernas tenemos pocos hijos. Parir uno fue suficiente para mí. Y me entusiasmaba la idea de que una niña de tres años viviera con nosotros bajo mis alas protectoras. Me propuse pagarle estudios, alimentos, ropa. ¡Sí! ¡Ya sé, usted se encarga de hacérmelo notar, que cono quinceañera impaciente invento idilios apresurados! Existían también circunstancias de índole moral. La madre trabajaba en la residencia de una amiga mía muy rica, y la sonsaqué en consideración a sus artes culinarias; además, tratar cariñosamente a la niña robustecía mi imagen como presidenta de la Sociedad Protectora Infantil y justificaba el premio que acababan de otorgarme.

A José le crispaba los nervios la lloradera. Después de soportarla intermitentemente setenta y dos horas, con el ceño fruncido exigió remedio inmediato. Procuré calmarlo asegurando que la cosa mejoraría. Pero no mejoró. La bramadora se empeñó en arruinarme. Durante diez meses no tuve celebración en la que no hiciera acto de presencia. Lo mismo al medio día que a las doce de la noche, desplegaba el catálogo de sus gracias y monadas. Los invitados aparentaban indiferencia, quizá para no mortificarme y, supondrá usted que procurábamos despacharla lejos de los adultos, aunque fuera al cuarto de mi hijo; pero montaba en cólera y ponía a los concurrentes con los pelos de punta ante la potencia de su

furia. Si lográbamos internarla en la cocina y yo simulaba tranquilidad, inmediatamente impedía mi dicha. Llamaba vociferantemente a su madre, cada vez que ésta iba al comedor llevando una charola. Yo perdía el gusto por las alcachofas suavemente cocidas y aderezadas en salsa de alcaparras. Con manos tímidas cortaba las hojitas que me sabían a trazo.

Nuestras comidas cotidianas eran infames. Nos disponíamos a probar la sopa y la párvula roba cucharas improvisaba una batería contra la duela o bailaba alrededor de la mesa el Bolero de Ravel con enorme entusiasmo. Esperaba que la madre pusiera correctivos, soportaba que mi marido me lanzara ojos de cuchillo, que mi hijo pidiera permiso para integrarse a la danza y se enfurruñara con nuestras negativas. La madre servía platillo tras platillo despreocupada de la bulla armada por su retoño. Al cabo Pepe ordenaba su café en el despacho y yo corría a encerrarme bajo llave sin encontrar los apropiados diques que detuvieran tales maldades.

Desde luego decidí cortar de cuajo, liquidarle a la madre su última quincena y agradecerle los servicios que me había prestado mediante una jugosa gratificación para que no sufriera apremios mientras se colocaba en otra parte. Cinco minutos después advertí que fraguaba ingenuamente tan edificantes propósitos. Elegí ropa interior y bata de baño antes de mi regaderazo diario. El agua me tonificó, redondeé un largo discurso que, no obstante su gentileza, implicaba reproches sobre la conducta abusiva por partida doble. Al dejar el baño hallé a la criatura subida dentro de unos zapatos que había estrenado la semana anterior. Los tacones tronaban como nueces aporreadas con un martillo. Casi sufrí ataques; pero al segundo de que rescaté mi maltrecho calzado, la niña me miró interrogante y soltó una tierna boruca. Me ablandé y le dije que buscara a su madre ocupada en limpiar la sala. Se fue con pasitos trastabillantes y, entonces, una llamada abatió mi menguada fortaleza. Como la publicidad de mi premio permanecía en el aire, una periodista internacional me entrevistó grabadora en mano. Vino puntual y publicó varios reportajes extensos acompañados de fotografías. Encarecían mi ejemplo de mujer que predica con el ejemplo, mi filantrópica labor en pro de los desprotegidos, mi dedicación a una hija adoptiva, retratada en el mismo sofá, mostrando la sonrisa inocente de sus dientes de leche. Como consecuencia recibí una catarata de cartas y felicitaciones. Algunos amigos nos reprocharon no haberlos puesto al corriente de esos trascendentes planes que agrandaban nuestra familia. Y todavía ignoro por qué los dejé en el error y postergué mi determinación.

La criatura supo que mantenía sus reales. Redobló su acoso. Sobre mi mesita de noche apareció un imborrable mural de rayos amarillos. Apenas me atrevía a prender mi computadora, se acercaba sin respeto a los avances tecnológicos ni a las raquíticas conclusiones que intentaban resumir los altos índices de niños maltratados en nuestro país, y con sus deditos tiesos y vigorosos apretaba las teclas preguntando “¿qué teto?”. Le respondía que eso era un aparato muy delicado prohibido a los menores no parlantes. Ajena a las alusiones, continuaba con aquello de “¿qué teto?” y la pantalla se cubría de signos ininteligibles y se escuchaban sonidos extraños. Al borde del colapso histérico, la remitía con su madre, cosa que la obligaba a soltar sus consabidos aullidos y yo reulaba frente a un enemigo invencible.

Resulta larga la lista de atropellos. Con bríos juveniles, la rugidora encontraba nuevas torturas que colmaban su sadismo. Descubrió que los vasos se rompían. En una semana azotó nueve ante la aprobación de su beatífica progenitora que impávida tiraba los pedazos a la basura. Resucité una tacita de plástico, guardada en algún cajón, donde mi hijo bebió sus

primeros jugos matutinos; pero ninguna de las dos sospechó que esa medida desesperada escondía un secreto disgusto por mis vasos hechos trizas. Así que la nena persiguió placeres más estimulantes. Dio con la gaveta que guarda los platonos, cogió tres o cuatro de los extendidos para hornear macarrones o de los hondos para revolver ensaladas y los arrojó desde su modesta estatura. Cuando el estruendo me sobresaltó, corrí apresurada y la pesqué aplaudiéndose a sí misma juntando sus manitas en ademán festivo. No reclamé. Amedrentada con la perspectiva de sus funciones epileptoides, me hice una infusión de tila y puse una chapa en el lugar del crimen.

Admitirá usted que cuanto le he referido parece tortura china, y sólo llevo una parte. La incontrollable menguaba mis posesiones con atroz saña. Hubo ocasión en que la sorprendí mordisqueando el respaldo de una silla Chippendale mexicano que mi abuela me legó en su testamento. La madre calmó mi pasmo con la referencia de que a su niña la llamaban pájaro carpintero por un indomable apego a picotear madera. Y cuando le dije lo que el mueble valdría en la tienda de cualquier anticuario, repuso que mandara barnizarlo y descontara la cuenta de su sueldo y paró la trompa desdeñosamente.

Advierta usted por mi apariencia que soy una de esas mujeres dispuestas a tomar su arreglo personal como una satisfacción. Entro a mi vestidor y ni mi hijo ni mi marido se atreven a molestarme durante los tres cuartos de hora que necesito; pero la imparable quebrantó la regla irrumpiendo con un vestidito azul de cuello redondo y corbata de pintor que le compré en Suburbia. Me miró como si el mundo no escondiera secretos, puso cara de infinito placer, se hizo caca en los calzones y perfumó mi recinto. Le grité a su madre, abrí ventanas y temblorosa me dibujé arriba del párpado una raya más chueca que las Cumbres de Maltrata. A la mañana siguiente, el monstruo retornó. Observaba mis movimientos al aplicarme el maquillaje, perfilarme el contorno de los labios, pintarme las pestañas; luego, extrajo sigilosamente de un estuche mi anillo de compromiso. Sus destellos la hipnotizaron, se los arrimó a la punta de la nariz y con un bizco preguntó: “¿Qué teto?”. De un salto le arrebaté la joya y, al verse derrotada, perdió el resuello y estuvo sin resuello en tanto su madre le palmeaba la espalda demostrándome infinito desdén por mi falta de caridad cristiana.

Nos gusta dormir hasta las ocho; sin embargo, nuestra huésped se adjudicó la obligación de volvernos madrugadores. Dos semanas seguidas no despertó con sus desplantes a las cinco y media. Caducó la costumbre gracias a las protestas generalizadas; pero un amanecer abandoné mi profundo sueño con palpitaciones cardiacas. Al incorporarme sobresaltada cayeron de mi cabeza unos guantes de box y vi la cama tapizada de juguetes que la presurosa había acarreado desde la recámara de mi hijo. Furibundo, mi marido se levantó de nuestro colchón convertido en almacén y sin dirigirme la palabra salió dando un portazo. Amante de los arrebatos, la perversa lo festejó con sus aplausos característicos.

El tiempo transcurría, ella fincaba su dominio y mi estoicismo flaqueaba. Siempre supe que mi hijo, dos años mayor, corría peligro viviendo bajo el mismo techo que aquel demonio sin rabo y cuernos dispuesto a escupirle, rasguñarlo y sacarle la lengua con loco afán. Mónica, nuestra gata siamesa, compartía la misma suerte víctima de enérgicos jalones de cola y orejas, hasta que la pobre se disimulaba entre los faldones de los asientos y de vez en cuando revelaba precavida el brillo de sus dos canicas fosforescentes. Determiné no dejarlos solos al desconfiar de la justicia materna ciega y sorda. Salía menos, y si los compromisos me alejaban, sentía prisa por regresar segura de encontrarme sorpresas desagradables; como

la que tuve una tarde que la niña alborotó al vecindario amotinado en el portón pidiendo que alguien bajara de la azotea sobre cuyo filo se bamboleaba imitando a un alambriero.

Puesto que uno viene a contarle intimidades, doctor, debo aclararle que mi marido y yo gozamos unas saludables relaciones sexuales. En el desayuno, intercambiamos frases pícaras y estamos ansiosos de que el camión de la escuela recoja a nuestro hijo para disfrutar la soledad. Alguna vez preparábamos los preliminares, mordiditas cariñosas, insinuaciones estimulantes, cuando la criatura nos interrumpió golpeando la puerta con su puñito cerrado. Perdí la inspiración y Pepe dio un respingo rumbo al pasillo, desahogo que ella festejó según su costumbre sin percatarse de que me mordía las uñas y me sangraba los padrastrós.

Inútil referirle a usted las ocasiones en que se enfermó de anginas o de la panza; si no era una cosa, era la otra. Y la madre no ataba ni desataba; así que me encargué de tomarle temperatura, prescribirle disprinas disueltas en agua o remedios parecidos. Y a pesar de esos contratiempos, crecía gorda, blanca, rozagante, con una inquietud digna de mejor causa que perturbar mi tranquilidad. Cambiaba programas de la lavadora eléctrica o la echaba a andar si no estaba funcionando. Paraba la secadora cuarenta y cinco veces seguidas. Abría las llaves de agua y anegaba las piezas y, si procurábamos impedirselo, bastaban sus berridos espeluznantes para desarmarnos. La televisión la fascinaba, sobre todo los anuncios; pero el aparato casi sucumbió bajo el cañoneo de rechazos que la cariñosa infanta le prodigaba si los héroes telenoveleros caían de su gracia.

Sin embargo, nada me enfurecía tanto como su sana costumbre de orinarse por doquier. Podría repetirle a usted cada movimiento de la escena: mirada estrábica, barbilla contra el cuello, piernas abiertas. Dejaba escapar un suspiro de infinita satisfacción rumbo a las alturas y una Laguna de Zempoala rumbo al piso encerado. En vano pedí a la madre que le pusiera pañales y que estuviera al pendiente para evitar semejantes estropicios. Siempre me argumentaba: “Avisa, sólo que usted no la entiende”.

Un martes le encargué un mandado. La pequeña se quedó en casa y, como había decidido evitarla, me refundí en la habitación más alejada. Pasaron treinta minutos sin ruidos, llantos, borucas, trastos quebrados o aparatos desbordándose. Un silencio pacífico y acariciador invadía la casa. Respiré profundamente, hice de tripas corazón y decidí averiguar los orígenes de esa paz inaudita y reconfortante. Abandoné cautelosa mi escondite y en el vestíbulo vi el zaguán abierto de par en par. Por un instante creí que sería maravilloso dejar a la diminuta perdida en el espacio exterior; pero mi conciencia me trajo a la mente las revelaciones de coches y camiones que corren a toda prisa por esta calle antes intransitada. Recordé, claro, mi premio como protectora de infantes y venciendo instintos básicos di con la despiadada a unas cuantas cuadradas, desnuda desde la cintura, friolenta, y golpeando una reja con su puñito. Se alegró al reconocermé y me siguió.

Le explicaré, doctor, que a lo largo de los meses transcurridos se había adueñado de mis pensamientos. Pospuse conferencias, visitas a orfelinatos y asilos, olvidé la consulta del pediatra que le aplicaba a mi hijo una serie de vacunas. Ni siquiera el interés de que las Damas Publicistas se fijaran en mis benefactores méritos anuales motivaba que asistiera a sus reuniones. La criatura era una obsesión. Los activanes de veinticinco miligramos que usted me recetó no calmaban mis sentidos, siempre alertas para evitar desgraciados contratiempos. Y de pronto, sin preámbulos, parada frente a mí secándose con el mandil, la madre me dijo que lamentaba mucho abandonarme a fin de mes porque una antigua patrona le ofrecía más sueldo: “Pensé dejarle a su hija adoptiva pero no me animo”, concluyó.

La comprendí plenamente, resultaba imposible que una madre se desprendiera de sus vástagos, que los abandonara así sin más. No eran perritos callejeros ni nada por el estilo. Y para terminar le aconsejé que no esperara tanto, que descansara dos semanas antes de emplearse, que empacara sus pertenencias sin pérdida de tiempo. Y cuando partió con la niña saltando por delante, mi espíritu se llenó de gozo como la Magnífica, encendí luces y me repantingué a fumar un cigarrillo. Mónica compartía mi beneplácito. Apoyada sobre sus patas traseras se estiraba ronroneando. Al cabo de unas chupadas lentas y sensuales, un inteligente chispazo iluminó mi cerebro: me inscribiría en la Sociedad Protectora de Animales y aceptaría sin cuestionar la sabia frase que reza: “Los niños propios o disecados”, dicha por una tía que murió rodeada de nietos en una vejez próspera.

Una hilera de besos para Alberto Dallal

*¡Tanto se emprende en término de un día!
Pedro Calderón de la Barca*

Vio la rosa más bella que había florecido ese año en su jardín púrpura intenso, pesada, con los pétalos que emulaban la perfección. No pudo resistirse y mandó cortarla. La puso encima de su tocador dentro de un esbelto florero ámbar; sin embargo, después de unos días, el tallo empezaba a doblarse y las hojas a perder su brillo aterciopelado. Pensó que la belleza era muy efímera y, por una de esas inexplicables volteretas de la imaginación, pensó también que sólo en México convivían tan naturalmente durante todas las estaciones del año los verdes primaverales con Nochebuenas y pinos navideños. Atención su a reloj y se dio prisa para llegar al club.

No vivía uno de sus momentos más afortunados. Mientras se maquillaba frente al espejo compartido por otras señoras, que hablaban sin parar sobre la forma en que pasarían el domingo y los preparativos para el fin de semana, admiraba casi morbosamente el cuerpo de una muchacha que se peinaba con secadora e inclinada hacia el suelo movía la cabeza a manera de péndulo para que su larga melena castaña con mechas claras se acomodara de un lado a otro simulando una modelo de algún anuncio televisivo. Los pequeños senos y el vientre plano dentro del bikini blanco eran un dorado portero juvenil. Y ella se acordó de sí misma, pequeña, delgadita, nacarada, con el cabello negro hasta la espalda. Volvió los ojos al espejo y su imagen la desmoralizó, aunque en honor a la verdad había luchado contra la vejez como gato boca arriba y después de todo no estaba tan mal. No, con los pómulos algo marcados; pero las cremas caras y los buenos peluqueros le daban estilo, una seguridad de mujer que jamás había sufrido estrecheces, acostumbrada a mandar, con éxito en su matrimonio actual y en su carrera de arquitecta que le habría permitido proyectar varios aeropuertos. Recordó que tenía demasiadas cosas por delante y terminó su arreglo.

Las manos le temblaron al despedirse de su ginecólogo luego de oír el dictamen clínico. Pagó con tarjeta bancaria; sin embargo, cuando le preguntaron si le daban recibo de honorarios, contra su costumbre dijo que no lo necesitaba. Tomó el amplio sobre que contenía radiografías y análisis y entre brumas siguió un pasillo antes de sumir el botón del elevador. En su automóvil, ordenó al chofer que la llevara al Parque México. Mientras el vehículo se deslizaba sin hacer ruido, recostada contra el asiento trasero miraba hacia afuera por la ventanilla cerrada. Dejó de sentir el disgusto que sentía al ver bolsas de basura tiradas en las esquinas o apoyadas contra un árbol como los primeros síntomas de un apocalipsis próximo, negación completa del orden, la limpieza, los valores establecidos.

Por alguna razón inexplicable las calles estaban cambiadas, se extendían en un tiempo dilatado. El tramo entre el hospital ABC y la colonia Hipódromo se iluminaba por luces diferentes ¿más asoleadas o más grises? Simplemente distintas, como si los rayos de la tarde cayeran en forma menos vertical y se difuminaran en un letargo que alargaba las palmeras,

sobrevivientes de la furia devastadora que padecemos los mexicanos; el pesado ambiente de la tarde estrechaba los edificios de la avenida Tamaulipas y afeaba los camellones de Ámsterdam con su pasto mal cortado. También eran distintas las fachadas de las casas construidas en los treintas, familiares aunque jamás hubiera franqueado sus puertas ni se asomara por sus ventanas de rejas geométricas ligadas a la memoria de manera insoslayable.

Arriba, una golondrina revoloteante a corta altura reflejó su perfil furtivo en el cofre pulido del coche. El cielo azul sin nubes evocaba tardes infantiles, las horas despreocupadas de su adolescencia, el día de su primera boda en una casa de ese rumbo, participaciones grabadas, numerosos concurrentes, pastel adornado con campanas gozosas, su vestido de novia que nadie había alabado. Ni siquiera ella se movía contenta entre gasas blancas que le colgaban de la cintura porque con el nerviosismo prenupcial adelgazó. Se acordaba aún algo nostálgica de aquella pureza e ingenuidad virginales, de aquel proyecto de vida que no cuajó. Al casarse, nadie pierde el sueño con la idea del divorcio. Simplemente entra dentro de lo posible o lo probable, aunque lógicamente los contrayentes crean que a ellos, precisamente a ellos, nunca se les presentará; pero ahora, con el sobre a su lado en el asiento trasero del auto, se dirigía al restorán para cumplir una cita que ella misma había concertado. Se preguntó por qué marcó el teléfono para decirle a su ex marido que necesitaba verlo. ¿Sabía de antemano el resultado de los análisis? Sí. Lo sabía. Iba a despedirse del esposo y del amante que le descubrió el deseo, el latido del sexo. Después había expugnado la fortaleza de otro amor más firme y había sustituido unas ilusiones por otras; pero nunca olvidó los besos, el sudor de una piel agradecida, el sueño profundo de quien está satisfecho. Quizá habría la posibilidad de sentir ese éxtasis una vez más. Resucitar el ardor una última vez en la suite de algún hotel cercano. Volver a la caricia eléctrica que empieza en la frente, desde el nacimiento del pelo, y baja por la nariz y la barba, el cuello, el pecho, en una hilera de besos continuados hasta la punta de los pies, una hilera de besos que recomenzarían cuantas veces precisaran para quedar ahítos.

Sin hacerse del rogar, él fijó fecha, hora, restorán. Y ella llegó como siempre puntualmente. Casi puntualmente, cuatro minutos antes. El tránsito se hallaba fluido y el chofer encontró la manera de acortar rutas. Le pidió estacionarse media cuadra adelante para no importunar a los encargados del *valet parking* o para evitar que como todos los choferes fuera un testigo incómodo.

Antes de entrar se empolvó la nariz, retocó el rubor de las mejillas y el rojo intenso que usaba en los labios. Al salir del auto estiró su pierna forrada con una delgada media color ala de mosca haciendo juego con su traje y apoyó su zapato de tacón alto sobre la acera. Luego caminó erguida. Consultó su reloj y se encaminó hacia dentro; pero se detuvo unos segundos cuando descubrió a unas mesas de distancia las caras de su ex cuñada y de una amiga que la llamaban moviendo los brazos. ¿Las había invitado él o era una coincidencia? Parecía increíble que en una ciudad de veinte millones de habitantes las encontrara ese día, precisamente ese día y en ese lugar que no estaba de moda ni era demasiado frecuentado. El caso es que ya no tuvo tiempo para recular, cruzaron saludos y le preguntaron si esperaba a alguien o quería sentarse junto. Turbada como niña pescada en una travesura confesó que esperaba a su ex marido. Las dos tuvieron una fugaz mirada de malicioso asombro extinguida cuando exactamente a las tres llegó él, metido en una camisa de seda negra; él que al pronto tampoco entendió la presencia de su hermana y de la amiga ¿Las había invitado ella o era una casualidad? ¿Cambiarían de mesa o buscarían mejor otra parte? A una cuadra de distancia

habían convertido una casa antigua en un establecimiento que servía comida internacional. Pero la cita se daba de modo imprevisto y ella, ni siquiera ahora ante la inminencia del sobre en el asiento del automóvil, desafiaba chismes o suspicacias. No quiso moverse de lugar. Permanecieron la comida entera fingiendo interesarse en pláticas banales. Los labios se movían sin parar, mostraban los dientes, la punta de la lengua. Recibían el suave roce de la servilleta después de tragar algún bocado, apenas daban tiempo a leves asentimientos, a comentarios pertinentes, y retomaban su tarea parlanchina. Los rumores cercanos, el chocar de vasos y cubiertos, la risa que provocaba algún chiste afortunado eran una música de fondo, y ella se preguntó por qué asumía esa actitud de niña obediente que calla mientras conversan los mayores y desperdiciaba el encuentro que había predispuesto. A pesar de sus logros profesionales y de haberse adelantado un poco a su generación, nunca fue demasiado audaz al desafiar convencionalismos femeninos que le enseñaron las normas maternas o las monjas del colegio Francés. Por eso se vestía con un buen gusto sobrio y sus proyectos tenían una cualidad de pulcra amplitud. Por eso la autocrítica que le sirvió al trazar líneas sobre sus planos le impedía olvidarse que durante el tiempo transcurrido su silueta se iba desfigurando lenta, imperceptible e implacablemente.

Las dos se despidieron cuando él había perdido la actitud expectante y entusiasta que mantenía al llegar y a ella se le había borrado el pequeño discurso que pretendía endilgarle. Un ángel cruzó volando, dijeron casi al unísono apoyándose en la frase trillada para romper el silencio y de inmediato se dieron cuenta de que se comportaban con una falta de naturalidad alarmante en dos adultos que llevaban veinte años divorciados, viéndose en fiestas de amigos mutuos o llamándose cada muerte de un judío con pretextos bobos.

A él parecía no importarle las razones que ella tuvo para citarlo. Jamás se las preguntó como si para verse no necesitaran todavía ningún motivo especial. Habló de todo y de nada. Habló de cómo en ellos el amor había engendrado una amistad a toda prueba, ya no podían lastimarse por mucho que lo intentaran. Ya no podían herirse aunque se lo propusieran sabiendo, como ninguna otra persona en este mundo, mover los resortes que a uno y a otro sacaban de quicio, las sutilezas o los arrebatos que los enfurecían. Descubrió la mano de ella jugueteando con el tenedor y la cucharilla del postre que no había probado, un brillante de tres quilates engarzado en montadura antigua suscitaba fulgores. Le acarició el dorso con una ternura salida por la yema de los dedos, la recorrió, se detuvo un instante en el anillo, siguió hasta la punta de las uñas, la volteó hacia la palma y en un impulso se agachó a besarla larga y dulcemente. ¿Cambiaste de perfume? ¿ya no usas Aires del Tiempo que yo te regalaba? Inquirió. Déjame adivinar, Escada. Sí, hueles a Escada. Está bien, es agradable. Y al aceptarlo se quedó con la vista un poco perdida sobre el mantel como si no alcanzara a comprender muchos enigmas pasados ni presentes. ¿Verdad que ahora nos comprendemos mejor? Éramos jóvenes. Incapaces para defender la felicidad. El orgullo y la inexperiencia son malos consejeros, dijo. Ella corroboraba lo dicho con su silencio y cuando él intentó separarse lo detuvo como pidiéndole que no la soltara. Buscaba la manera de llegar al punto en que no sonara ridícula su propuesta, la propuesta imaginada, ir al Hotel Presidente, registrarse como matrimonio, fingir que el equipaje llegaría más tarde, titubear, pedir un cuarto, unos martinis secos que ahora estaban de moda nuevamente. Prender la luz, apagar la luz, susurrarse cosas al oído, estremecerse como antes y que cada gesto y movimiento sucediera con naturalidad. Buscaba la forma de que sus pretensiones no parecieran descaradas y torpes; pero las frases jamás salían y él, como la mayoría de los hombres, no

era adivino y los minutos se esfumaban en una especie de silencio inútil. Ella reparó en las pecas que habían brotado sobre esas manos que la habían hecho compartir las ebulliciones de una pasión que terminaba en la espuma de una playa donde dormían abrazados. Y esas fantasías la llevaron a reconstruir un momento real de su viaje de bodas, en que se había sentido absolutamente dichosa y tranquila contemplando desde lo alto de un risco el mar a la distancia.

De pronto, como si emergiera de graves reflexiones, él dijo que debía contarle algo. Ella lo miró ansiosa e interrogante. Él le confió seleccionando las palabras que estaba a punto de tener una hija según auguraba el ultrasonido que acababan de hacerle a la mujer con quien vivía.

El silencio cayó como un capote pesado que ella se quitó de encima con un manotazo. Le cambió la dulzura del rostro, con el tono de la voz. Sintió una rabia negra que le subía desde adentro igual a un pozo petrolero antes de reventar. Sin embargo lo felicitó pronunciando cuidadosamente sílaba por sílaba. Es una maravilla que ustedes sigan engendrando cuando nosotras tenemos fecha de caducidad, dijo. Me alegro; pero déjame darte un consejo. Sólo John Travolta puede usar camisas de seda negra porque gracias a Tarantino ha consolidado la personalidad de un gánster simpático. En ti son de un vulgar espantoso, regálale la que traes puesta a tu jardinero o a tu cuñado...

El no esperaba la agresión ¿o sí? Los ojos le brillaron como si estuvieran a punto de anegarse y un rubor le cubrió la cara. Se enrojecía con esa ira a la que era tan proclive. Sorbió unos tragos de café y casi sin interrupciones preguntó: ¿Por qué no me regresas el anillo? Me parece injusto que después de tantos años sigas usando algo de mi abuela que debería ser para mi hija. Por supuesto ni se me ocurre que me lo devuelvas así, sin más. Véndemelo en su justo precio. Ella pensó en el sobre ominoso que horas antes le habían entregado, por un instante estuvo a punto de zafarse la joya, dejarla sobre el plato manchado con la rueda oscura goteada de la taza, y salir corriendo; pero algo siniestramente egoísta y tardíamente vital la contuvo. Mañana lo llevaré a valuar, prometió con altivez. Acompáñame a mi coche. El firmó la cuenta y caminaron juntos media cuadra observando las cuarteaduras del concreto hasta la puertezuela que el chofer abrió comedidamente.

Un incidente navideño para Joel Hernández

Leonor aprovechaba bien su mañana. Fue a su masaje corporal. La masajista había estado un poco locuaz y parlanchina mientras le embarraba cremas y lociones; pero ella se limitó a contestarle con monosílabos demostrando que no deseaba perder aquellos cincuenta minutos de tranquilidad cotidiana. Al fin pudo evadirse mediante esfuerzos de voluntad y la chácara incesante dejó de molestarla. Cuando el timbre anunció el término de la sesión, se vistió cuidadosamente y se dispuso a enfrentar los festejos del día y sus propias obligaciones domésticas. Ese 24 de diciembre cenarían en casa de su suegra, lo cual resultaba un descanso. Leonor sólo iba a llevar los postres; pero no era cosa de presentarse sin regalos. Condujo su automóvil rumbo a un bazar de antigüedades. Beatriz Alcocer, dueña de El Rincón, le enseñaba primero que a nadie cosas excelentes, hallazgos reservados para clientes especiales. Arriba de una cómoda le guardaba un tríptico del siglo XVIII convertido en biombo. Sin tener firma lo atribuía a José de Ibarra. Leonor admiró la dulce factura del maestro y, aunque no podía sostener o contravenir la autenticidad que le aseguraban porque sus clases en la Universidad Iberoamericana no le servían para tanto, puso que la adquisición valía la pena de cualquier modo y decidió autorregalárselo. En otra tienda del mismo rumbo dejó dos hermosos cuadros que un pintor amigo de la familia le había obsequiado con una dedicatoria muy cálida. Luego de dudar largo rato, eligió unos marcos engañosamente rústicos; además, dos cisnes y un juego de café de talavera poblana y tres cajitas de marquetería que fueron envueltos en papel dorado con listones verde y rojo. Firmó un cheque por una cantidad fuerte reprochándose sus eternos derroches y por milésima vez, a lo largo de sus cuatro años de casada, se propuso enmendarse; sin embargo unas cuantas cuadras después el asunto ocupó su pequeño lugar en el basurero de los buenos propósitos.

Tenía un hijo de dos años, un marido generoso, una casa espléndida con gran biblioteca. Como mexicana de la vieja escuela, alhajas costosas y servicios de mesa impecables. Repasó la lista de sus bienes en este mundo agradecida a la suerte que le deparaba tales venturas. En el espejo retrovisor observó sus ojos risueños algo afeados. Una alergia al sol le sacaba manchas al principio de los pómulos, así es que se propuso visitar al dermatólogo apenas pasaran esas fechas. Comió con una amiga en el Passy y más o menos a las cinco sonó el claxon frente a su casa. Con cara compunguida, la recamarera abrió el zaguán. Leonor guardó el coche en el garaje en tanto su corazón de madre daba un vuelco y al bajarse preguntó:

—¿Está contigo Santiago? —No tuvo que esperar respuesta. Con su mameluco amarillo y con un pollito bordado sobre la pechera, el bebé apareció en el vano de la entrada estirando los brazos para que lo cargaran.

—¿Qué te sucede, Paula? —dijo Leonor volviéndose a su sirvienta.

—Señora, a Margarita le ocurrió un accidente...

—¿Cómo...?

—Se le murió Federico.

Margarita, la nana de Santiago, cuidaba a un hijo ajeno y descuidaba al propio. Era

madre de una criatura también de dos años a quien encomendaba con su abuela anciana para trabajar.

—¿De qué murió el niño?

—Las personas que nos avisaron dijeron que se había ahogado.

Leonor sintió temblores súbitos. Jamás lloraba, la vida le parecía tan amable. Pero las lágrimas se le desbordaron por las mejillas. Asustado Santiago demostraba su inquietud primero haciendo pucheros y luego prorrumpiendo en gritos ensordecedores.

—¡Cálmese, señora! Puso nervioso a Santiago y usted puede enfermarse. ¿Quiere que le traiga un té y unas pastillas?— propuso Paula

—No, gracias. Mejor busca a Margarita, dile que venga. Necesito ayudarla de algún modo... —procuraba controlarse tomando el dominio de la situación y tranquilizaba a su hijo dándole palmaditas en la espalda.

Un rato más tarde vino Margarita envuelta en un rebozo y contó lo sucedido. Tenía la cara hinchada, las trenzas sueltas y profundas ojeras.

—Mi abuela se distrajo, Federico se acercó al estanque de los patos, quiso sacar una pelota y cayó dentro... luego su pesadumbre se convirtió en desolación, movía la cabeza como péndulo y preguntaba—: ¿Por qué me pasó esto? ¿Por qué a mí, Dios mío?

Santiago se retorció angustiado, hasta entonces no había percibido la desgracia en torno suyo. Leonor lo dejó en brazos se Paula para ordenar:

—Llévatelo y haz que se duerma. Enseguida estrechó contra sí solidariamente a Margarita intentando consolar su cuerpo convulsionado por los sollozos.

—Permíteme darte algún dinero. Toma lo que traigo en la bolsa —dijo. Abrió el puño de Margarita apretado por la angustia y depositó en la palma unos billetes de a cincuenta pesos —. Bebe tequila. Vamos a servírtelo, —añadió y sin quererlo, al escucharse juzgó su actitud propia de una persona muy liberal con el servicio, quizá demasiado impulsiva y cariñosa; pero empujó el hombro de su criada hacia la cocina.

Margarita bebió de un trago la copa y pareció tranquilizarse momentáneamente. En silencio atisbaba el fondo de la copa tequilera, sorbiendo a intervalos las lágrimas que le escurrían por la nariz. Leonor la miraba sin atreverse a pronunciar palabra. Mientras, la incomodidad comenzó a crecer, parecía un globo que se inflara al tamaño del techo. Margarita lo hizo estallar con voz hueca:

—Gracias, señora. Me voy para quedarme con mi muchachito al menos esta noche. Dejó la copa en el fregadero y se fue.

Leonor sintió que esa última frase escondía un reproche. Tan pronto estuvo sola quiso comprobar que Santiago dormía sano y salvo con la respiración acompasada. Subió a la recámara. En ese momento Paula se despegaba de la cuna caminando con el mismo cuidado que pondría si el piso estuviera cubierto de cascarones. Se convirtió en estatua para evitar cualquier ruido: Santiago se había cambiado de postura. Con las manos a cada lado de su cabeza morena y redonda acentuada por un fleco castaño parecía un muñeco tierno y calentito. A pesar de que se debía a problemas respiratorios, su boquita entreabierto le daba un aspecto delicioso. Leonor se acercó, con un ademán le dijo a Paula que se fuera y estuvo absorta hasta que los pasos de su marido interrumpieron la contemplación. Entonces abandonó calladamente la pieza.

—¿Es cierto lo que dijo Paula? —preguntó Emilio perplejo.

—No hables tan alto —interrumpió Leonor enérgica y contraponiendo una actitud con

otra, volvió a llorar. Por algún motivo se creía culpable y creía que sufrir la exoneraba de un futuro y merecido castigo.

—¿Quieres ir al velorio a pesar de todos los compromisos que tenemos? —volvió a preguntar Emilio mientras le destapaba la oreja izquierda arrimándole el cabello hacia atrás como si buscara ser escuchado con claridad.

—¿Podríamos? —y los ojos ávidos de Leonor pidieron innecesariamente un permiso.

A Emilio le parecía grosero presentarse con su chaqueta de *cashmere* y su corbata de Christian Dior con que había recibido las felicitaciones y los brindis de clientes y amigos en la oficina. Se quitó mancuernillas y anillo para guardarlos en la caja de plata que usaba como estuche. A cambio vistió un grueso chaquetón azul marino y pantalones de mezclilla semiarrumbados en el ropero. Se veía como disfrazado.

La amabilidad de los señores conmovió a Margarita que abandonó el rincón donde de alguna manera se amparaba.

—Sientese usted, por favor... —y al llevar a buen término ese acto de cortesía se le quebraron las frases y sufrió el asalto de nuevas desesperaciones.

A los treinta años cumplidos Leonor desconocía la agresividad de la miseria. Esa noche tropezó con ella. Cohibida, vislumbró un cuarto lleno de sombras al centro del cual sobre una mesa yacía un pequeño bulto envuelto en una colcha blanca tejida a mano. Lo alumbraban dos veladoras trémulas, un cirio parpadeante afianzado en una lata llena de tierra y un minúsculo arbolito navideño con algunos focos rojos. En una hilera llena de sillas y cajones puestos contra la pared se sentaban diez o doce mujeres estáticas tapadas con sus chales negros. Un coro de ánimas en pena acostumbrado a la tragedia.

Detrás de Leonor, sin saber en qué ocuparse, Emilio miraba la punta de sus pies. Al cabo de unos instantes sacó dinero de su cartera:

—Por si te hace falta, Margarita. En estos casos conviene contar con algo —dijo como si hubiera vivido en carne propia situaciones semejantes.

Hacia una esquina había una cama matrimonial desvencijada. Alguien dormía allí tapado hasta arriba. En lo alto de un armario se hacinaban las pertenencias del niño muerto. Leonor identificó una cubeta y una pala que ella le había regalado la Navidad pasada, un carro de bomberos misteriosamente desaparecido del cesto de juguetes de Santiago y unos zapatitos manchados que consideró inservibles para su hijo y se los dio a Margarita para el suyo. Al reconocerlos rompió a llorar otra vez, despreocupada de que los testigos silentes recibieran sus desahogos con una incrédula dureza colmada de reservas.

Poco a poco se sosegó y comenzó a percatarse de que a unas cuantas cuerdas de su propia casa, entre esos muros, habitaba la promiscuidad, el olor a mugre y la degradación. Emilio también debió advertirlo porque casi al instante le susurró que ya habían soportado aquel penoso asunto más de la cuenta. Se inclinó hacia su mujer y por lo bajo la instó a retirarse recordándole que los esperaban para cenar.

Cuando cruzaron el umbral, el aire los reconfortó. Respiraron hondo y caminaron abrazados. El manto nocturno cubría todas las construcciones del vecindario.

El niño y los gansos

Estás parada frente al Parque México, cerca del estanque a donde tu abuela te llevaba de chica para alimentar los patos. Una vez te picaron los gansos. Tu abuela te protegió tapándote con su cuerpo. Ahora, casi las seis de la tarde, el sol se refleja sobre el cofre de tu auto y forma una estrella luminosa en el metal pulido y encerado. Abres la ventanilla y recargas la barba contra el borde mientras observas a esos animales graznadores y torpes. Te dejas fascinar por unas imágenes sin interés especial, pasarían inadvertidas ante otros ojos que no fueran los tuyos. De pronto te descubre uno de los niños que están cerca. Se vuelve a ti deseoso de conversar. Adivinas que justamente por la posibilidad de aquel encuentro detuviste el coche. Lo escuchas ansiosa, pero a pesar de tus increíbles esfuerzos se te olvidan las cosas tan pronto como las dice. Sólo permanecen en tu memoria dos nombres: Kafka y Gide. Nombres que escuchas con claridad, asombrada de que criaturas tan pequeñas mencionen a escritores importantes. Cuando te invitan a intervenir en sus juegos, aceptas encantada y los acompañas caminando hasta su casa. Te enseñan un caserón blanco un poco despintado, con adornos de piedra roja en la fachada y rejas coloniales. Este tipo de construcción que se popularizó hace cuarenta años. Las calles de la ciudad se inundaron de construcciones parecidas. Piensas en tu propia casa. Miras el interior sombrío, anticuado el mobiliario y una sutil capa de polvo inundándolo todo, cada objeto, los tapices, las alfombras. Pasas a través de las habitaciones separadas por arquerías. Los niños te conducen a la sala y con gran formalidad contestan tus preguntas. Aseguran que son hermanos y huérfanos. Todos son varones, no están muy limpios, huelen mal y tienen el mismo pelo castaño lacio y en desorden. Sólo el más pequeño es rubio. Su cabello ondulado y sus facciones conciertan con unos ojos azules de limpidez profunda. Sus mejillas coloradas le dan el aspecto de esos rostros con que los publicistas anuncian gelatinas o mermeladas. Entre los demás, precisamente con ese niño te entiendes inmediatamente. Sonriendo responde tus interrogatorios; sin embargo, cuando te interesa averiguar cosas tan triviales como el año que cursa en la escuela o alguna otra tontería, busca evasivas amables a juzgar por su tono y su sonrisa. Notas algo importante que se te escapaba sin causa: el niño viste pantalón corto, medias de lana a cuadros hasta las rodillas, y lleva unos pesados aparatos ortopédicos porque es inválido. Te extraña advertirlo hasta el momento en que lo ves sentado en un sillón y con las piernas colgantes sin tocar el suelo. Te da una lástima inmensa. Tu alma de madre fallida se enternece. Pones una mano cariñosa sobre aquella cabeza de cabello ondulado, y te aproximas para verla con atención. El niño no se muestra sorprendido o incómodo con tus demostraciones de afecto. Permanece impassible, sin inmutar su sonrisa. De pronto te cohibes y deseas irte, aunque prometes volver. El niño acepta tu retorno como cosa natural. Ni por un momento pone en duda tu regreso; pero no dice nada ni articula una sola sílaba, reparas en que sus acciones se efectúan lentamente y te quedas. El ritual de una comida se inicia con una sopa humeante y espesa. Sopa de habas o de lentejas, deduces por el color. No la pruebas. Nadie prueba bocado aunque los niños varias veces se llevan los cubiertos a la boca. Tú no lo intentas siquiera. Observas al pequeño que preside la mesa sentado en una vitrina. Parece

Niño dios dentro de un nicho. Lo rodean copas, vasos, licoreras, y un espejo a las espaldas multiplica los cristales, los convierte en un caleidoscopio de colores. Nadie habla, sólo tú formulas en voz alta otra pregunta torpe: ¿Cómo puede ser tan inteligente y encantador un niño tan pequeño?, dices. Otro hermano, con un timbre dulcísimo de flauta angélica, con una sonrisa igual de inmutable que la del pequeño, te contesta: —Ya no es demasiado joven. Cumplió treinta años—. Y como si al saberlo te cambiara el mundo, tales palabras, las primeras que en realidad se pronuncian durante ese tiempo sin tiempo, son un buche de agua en pleno rostro. Repites: treinta años, treinta años, y recalcas la cifra con monotonía imbécil. El pequeño sonrío. Sientes un dolor agudo sobre el pecho, un peso inmenso. Sales de la casa, vagas junto al estanque de los patos. Recuerdas una tarde en que de chica alimentabas la glotonería de unos animales que graznando se desplazaban oscilantes, una tarde en que vivías con una ingenuidad sin sombras. Permaneces allí mucho rato. Te duele la espalda y crees que se te vuelve plomo el brazo izquierdo. Respiras con dificultad y, casi sin darte cuenta, te hallas nuevamente frente al caserón descuidado de reja negra. Comprendes entonces que esa casa es tu casa y que el niño rubio y sonriente, el pequeño inválido del nicho eres tú misma.

Don't try this at home Homenaje a Inés Arredondo

Con el control remoto cambiabas canales frente al televisor. De pronto la pantalla se oscureció y volvió a iluminarse sobre la brillante nariz y los brillantes cachetes del cantante Barry White que vestido de lila ponderaba sus experiencias en un coro eclesiástico o encarecía los beneficios que le habían traído a su interpretación del *soul*. También dijo que su madre era una reina y por eso vivía con él, su mujer y sus siete hijos, en una mansión de treinta cuartos. El programa se llamaba *The rich and famous*, dedicado a quienes logran fama y fortuna en una ciudad con complejo de récord Guinness. Cosa comprobable en la siguiente entrevista. Seguido por la cámara, el sheik Mohamed Al Fass dejaba su lujosísimo departamento de la 5ª. Avenida y abordaba una limusina que sin dilación lo transportaba suavemente hasta las puertas de la joyería Cartier. Los dependientes doblados como servilletas lo recibían con profundas caravanas. El *sheik* iba a comprarle aderezos de esmeraldas a su hijita. La niña de cabellos negros y ondulados se veía extravagante, con aretes que le llegaban al pecho, aplaudiendo ante una hilera de estuches rojos. Festejaba cada alhaja que su padre le ponía encima en un juego divertido que realmente no acababa de entender.

Colocaste dos almohadas tras tus espaldas y recostada en la cama con las piernas extendidas, de vez en cuando y casi sin darte cuenta, les echabas un vistazo. Siempre te sentiste orgullosa de tu piernas y has logrado conservarlas a fuerza de ejercicios, cremas y jabones contra la celulitis; pero descorazonada notaste un pliegue en la rodilla. No lo tenías y su aparición subrepticia trajo consigo una tristeza honda y desolada; además la tarde anterior te miraste de cuerpo entero y en paños menores bajo las luces neón que iluminaban un vestidor de Lord & Taylor. A últimas fechas rehúyes esas confrontaciones sin paliativos. Los espejos se vuelven unos testigos fríos y acusadores. Notaste que tus senos no son ya tan firmes y que el resto de tu cuerpo empieza a revelar un implacable deterioro que tanto duele a las mujeres atractivas cuando envejecen. Quizá por eso Enrique ya no muestra grandes entusiasmos. Pasaron los primeros ardores matrimoniales y veinte años después duermen abrazados, hermanos inocentes y tiernos que olvidaron por qué Adán y Eva salieron del Paraíso. Quizá eso te obligaba a creer que no participabas en la fiesta de la vida y tenías la sensación de contemplar las viandas tras los paradores sin poder comértelas.

Anoche experimentaste lo mismo paseando sin rumbo. Tropezaste con un grupo de transeúntes aglomerados frente a *Radio City Music Hall*. Había llegado impulsivamente un infinito camión de mudanzas, a los costados dos lonas con letreros idénticos: *Don't try this at home*. Sin duda los neoyorkinos están locos; pero no al grado de intentar en sus casas lo que aquellas gentes se proponían. Del camión salió una locutora, cuyo nombre no recuerdas aunque la has visto en tus disipaciones televisivas, que animaba febril a los reunidos para interesarlos en un espectáculo gratuito. Las toneladas del apabullante vehículo pasarían sobre los ochenta kilos de un hombre acostado en el pavimento. Y antes de tenderse boca arriba, con cachucha azul y chamarra roja, el desventurado se dejaba retratar en medio de reflectores.

La multitud se aglomeraba por segundos. Subida en una barda del edificio opuesto atendiste los preparativos. Tu interés no era mucho; pero hacía calor y no pensabas seguir caminando. Esperaste buen rato el hecho maravilloso. La locutora hablaba sin parar como su excitante voz de fumadora que al expandir el humo por los pulmones evocara voluptuosidades ignotas. Una rubia platino movió el camión con aterrador ruido de frenos, falsa alarma para aumentar las expectativas. Te puso nerviosa la idea de que semejante armatoste transformara en papilla la humanidad del sonriente individuo expuesto a las miradas ajenas con la resignación inconsciente de los changos del zoológico. No parecía molestarle ganarse la vida con ese trabajo. Oíste comentarios y, aunque algunos espectadores se preguntaban cuál sería el truco de quienes organizaban aquello, la espera resultó insoportable. Te hubiera encantado la imprevista presencia de un mago que mediante palabras cabalísticas y un trapo rojo esfumara locutora, rubia, camión y víctima y los pusiera a volar por los aires más allá de las Torres Gemelas hacia el mar abierto, frente a los atónitos curiosos reunidos allí por carecer de mejores entretenimientos.

Durante media hora sólo se habían oído frenazos atronadores a lapsos intermitentes y, sin resistir la absurda demostración ni importarte su término feliz o desdichado, emprendiste el regreso a tu hotel; sin embargo, sabías que Enrique aún tardaría y que con el televisor prendido cenarías una ensalada en el cuarto. Te siguieron unos pasos cansados que apuraron su ritmo cuando apuraste el tuyo. Al voltear la cabeza comprobaste que era un muchacho de apenas veintitrés o veinticuatro años, uno de tantos vagabundos que pululan por Nueva York. Momentos antes se había parado junto a ti. La blancura de sus dientes contrastaba con su piel renegrida. De pronto un cuerpo pasó corriendo y alguien te gritó que agarraras bien tu bolsa. Fue muy rápido; pero aprovechaste la advertencia, burlaste al ladrón y reparaste en que tu perseguidor te había salvado. No se te ocurrió agradecerse, gratificarlo o sonreírle al menos. Alargarse tus zancadas que encontraron eco en los chancleteros a tu espalda, hasta que reconociste frente a Central Park la entrada del hotel. Te reconfortaron el uniforme rojo y los botones dorados del portero a quien desde lejos saludaste con la mano. Guardó su distancia desdeñosamente. Te respondió inclinando la cabeza y empujó la puerta para esperarte. Subiste la escalinata con una agilidad pasmosa. Desde arriba observaste que el vagabundo se detenía ante el primer escalón, te miraba con sus ojos pestañudos y te perdía en el momento que entrabas. A la luz del farol descubriste que un pelo rizado de mulato cubría una cabeza torneada y te preguntaste si su madre también era una reina africana como la de Barry White.

Los cambios de clima tan frecuentes y esa terrible humedad que convertía en vapor a las personas y las cosas, volvían chocante Nueva York en el verano. Tu marido vino para entrevistarse con un jefe de compras de Bloomingdale's. Buscaba consolidar una importación de flores naturales y venderlas a la entrada del almacén envueltas artísticamente en papel picado de tonos vivos, con una tarjetita colgante diciendo ¡Viva México! Pidió que lo acompañaras y luego te dejaba sola el día entero. Lo aprovechabas recorriendo tiendas y museos con un calor sofocante. Incluso la mañana del domingo Enrique asistió en Albany a un desayuno para hombres solos, culminación de ajustes y contratos. No regresaría pronto. Creíste absurdo desperdiciar el tiempo oyendo esta vez las confesiones de Eddie Fisher que por miedo a ser rico y famoso se volvió drogadicto y, como castigo divino y biológico, perdió la voz y el respeto a sí mismo. Demostraba su arrepentimiento con una sonrisa de payaso triste y unos ojos muertos de pescado, consecuencia de varias operaciones plásticas

poco afortunadas.

Resolviste salir en pos de una copa. Al escoger la misma puerta por la que habías entrado la noche anterior, casi tropezaste reconociendo al vagabundo en el lugar donde dejaste. Al verte musitó algo con un sonido silbante de serpiente. Desentendida, recorriste apresurada la escasísima distancia hacia el Café de la Paix. Elegiste una mesa que diera a la 6ª. Avenida y procuraste distraerte curioseando la multitud que pasaba por allí con trajes estrafalarios, señal de una libertad más ostentosa que auténtica. El colmo fue un Sócrates, igualito a Peter Ustinov, enfrascado en conversaciones peripatéticas a la vera de su discípula japonesa: cabello negro lacio, lentecitos montados en la punta de la nariz, minifalda y atención reverente. Salvo tú, nadie se fijaba en el prójimo y a ninguno preocupaba ser parte del mismo género humano. Aburrida, dejaste tu Martini y te internaste en el parque. Deseabas un domingo entre neoyorkinos típicos viviendo en el corazón del mundo. Te dirigiste hacia la calzada de los poetas, con sus bancas y sus árboles laterales. Una turista trepó como gamo la estatua de Robert Burns. Sentada en su regazo le echó los brazos al cuello y urgió a su novio para que desde un ángulo propicio enfocara una cámara. Se resbalaba de las nada acogedoras rodillas de bronce y su brazo no rodeaba el cuello de la idealizada cabeza de artista romántico, con los labios entreabiertos en el trance de la inspiración sublime. Sería una buena foto para presumir entre las amigas de Marion, Indiana. Sin presenciar el instante del ¡click! te encaminaste a otro lado.

La guía de turistas asegura que durante el verano hay conciertos al aire libre los domingos. No te extrañaron pues los distantes sonos caribeños tras los cuales brotaban de la tierra puertorriqueños decididos a conmemorar una reunión anual. Se vendía choncho, plátanos fritos, brochetas de carne, arroz, piña colada y Coca-Cola. Y se compraban porciones enormes devoradas con entusiasmo. En un proscenio al fondo, una banda proclamaba que los asistentes eran emigrados de la segunda generación y los versos se repetían incansablemente al ritmo de salsa. Te repugnaron los barriles que tragaban platos y vasos sucios y desperdicios de comida. Cerca de uno hallaste al vagabundo. Sus facciones eran armoniosas, con esas cejas tupidas y ese cutis y esa boca joven, aunque sus pantalones que apenas le tapaban el sexo y parte de las nalgas y su desaliño general lo hacían parecer tan desvalido. No profirió palabra. Se aguantó quieto, esperando; pero diste media vuelta y retomaste el sendero.

Como caracoles con su casa auestas abundaban los sin hogar; sobre los hombros cobijas deshilachadas para tenderse una cama donde fuera. Algunos cloqueaban contra la grava sus tenis guangos; otros pepenaban grandes costales de latas para venderlas. Porque se vende cualquier cosa. Si algo no se encuentra en Nueva York es que no existe, afirma un anuncio publicitario muy conocido. A nadie admira por ejemplo una colección de perreras cuya mejor pieza tiene en el techo un demonio alado capaz de provocarle pesadillas al pobre can. La dichosa perrera no sería buena ni siquiera para un vagabundo hermoso y miserable.

En la ciudad todo es lo más del mundo, la mujer más vieja que murió a los ciento diecisiete años, la más gorda, la más alta, la más adinerada. O la más flaca, la más enana, la más pobre. Y con tal criterio debió extender su tienda un negro patas de araña sentado en el césped, ponía al mejor postor sus últimas posesiones; unos guantes usados, dos cerraduras sin llave, una linterna. Faltaba el antifaz de los rateros hollywoodescos. Se hubiera creído que vendía sus instrumentos de trabajo y le dijera adiós a una vieja y amada profesión, como un torero que entregara los trastes. Pensaste que tardarían semanas, meses para encontrar

clientes, y que ese hombre estaba allí sólo por no sentirse desocupado y agresivo como la mayor parte de la gente que tanto habla de triunfo y fracaso, y es grosera y se mantiene profundamente enojada por no ser Mr. Trump, dueño de rascacielos, ni su ex mujer que diario cambia lentes de contacto a juego con el color de sus vestidos.

Sentada en una banca escuchaste un espontáneo cuarteto de jazz que tocaba entreteniéndolo al público dominguero, mientras otra muchacha oriental improvisaba una danza. Su única gracia consistía en simular los brinquetes de un grillo asustado. Jamás llegaría a Broadway. Percibiste una presencia cercana. Era tu vagabundo que esta vez te miraba morosa y obscenamente. Se detenía en tus piernas cruzadas, en tu falda de lino blanco que se había subido a medio muslo. Quisiste jalarla experimentando algo inexplicable. Procuraste hacerte la desentendida y poner tu atención en la bailarina que se contorsionaba y alzaba los brazos como si estuviera ahogándose. El mulato permaneció muy próximo. Desafiante, sacó una roja lengua, la pasó por sus labios y repitió el mismo gesto para que lo vieras. Procuraste fijarte en otra cosa; a pesar de tu disimulo te ruborizaste. Y enrojeciste cuando el mulato, que movía la cabeza al compás de la música, hizo con ambas manos círculos simulando acariciarse los senos que bajo la blusa de seda acusaban tu respiración anhelante. Decidiste enfrentarlo, intercambiar miradas, dejar que la imaginación cobrara fuerzas, entrar en el juego mudo, erótico y perverso. Te mordiste los labios y como sorprendente respuesta al mulato le creció un bulto bajo el pantalón. Farfulló frases en un inglés martajado e incomprensible. Te estremeciste con un cosquilleo y luego con algo mojado tibio. Quisiste levantarte, tu bolsa cayó al suelo y rodaron hasta los pies del mulato tu polvera de plata y algunas monedas brillantes al sol. Te agachaste para recogerlas. El se agachó también. Por un instante creíste que las tomaría y saldría corriendo. Te asombró que te las entregara con una mano grande y morena de largas uñas. Las aceptaste avergonzada, a punto de pedirle que guardara el dinero. Casi le rogaste que te acompañara; pero no te concebías a ti misma entrando a un cuchitril o soportando la cara del portero, guardián de los veinte pisos de soberbia del Plaza, viéndote llegar con un vagabundo. Dudaste. Le diste las gracias en español. Oprimiste tu bolsa y procuraste alejarte rumbo a tu cuarto dispuesta a cambiar canales con el control remoto. Entonces miraste la carne dura del mulato, su ombligo al través de la camisa hecha girones. Supiste que te perderías una aventura estimulante como el propio Nueva York y te quedaste parada mientras en la cara de tu enemigo comenzó a esbozarse una sonrisa lasciva y dulce.

Entrevista con una leyenda

Caminas por la privada del edificio Vizcaya, de un estilo que se puso de moda en México a finales del siglo pasado, copia de construcciones francesas con sucesivos departamentos, cocheras, elevadores descompuestos y ventanas mirando a la calle trunca en una fuente despostillada. Los frecuentes temblores y acomodos de tierra que convulsionaron la colonia Roma rompieron a medias los cuadros trazados sobre el cemento. Sigues las instrucciones detalladas que te dio Olga. Descubres entreabierta la puerta blanca de un garaje y a una mujer viendo en la televisión una película mexicana. Preguntas si allí vive Pita Amor. Responde afirmativamente con la cabeza. La está esperando, dice; pero en ese momento duerme. De todas maneras le avisará tu llegada y te ruega esperar mientras le ponen sus joyas para que pueda reciberte. Entre tanto deberás sentarte en un sillón abullonado de terciopelo rojo que, aunque parece limpio, despidе penetrantes olores a orines. Permaneces de pie en la incomodidad de aquel cuarto oscuro aunque son las once de la mañana. Decides buscar a Olga que pinta un Cristo incorporándose de su cruz en el departamento de junto, donde Felipe hace sus curaciones y hasta en las escaleras del portón hay gente sentada intentando encontrar silenciosamente una especie de arrobó místico. En un extremo de la pieza dejaron puesto un nacimiento, con sus figuritas de barro, su heno y su musgo, no obstante de que estamos a finales de enero, quizá para arrullar al niño el día dos del mes próximo. A través de un ventanal ves la sombra de Felipe, vestido de blanco y con un lienzo blanco, bajando por un caracol que lo comunica con su casa en la planta alta. No encuentras a Olga y casi inmediatamente regresas. La mujer, que se había vuelto a instalar frente a la tele, al verte se para y se dirige a la parte de atrás de ese único cuarto dividido por un medio muro que no tapa la piesera de la cama. Ya llegó la señora, informa. ¿Quién?, responde una voz soñolienta e imperativa. La señora que venía a visitarla. Que pase, vuelve a ordenar esa voz que de niña imitabas admirablemente en los recitales escolares. Caminas dos metros y la descubres enroscada sobre su estómago como una perrilla que necesitara calentarse. En el hueco de sus piernas, un montón de alhajas baratas, de colores, bisutería del mercado, algunas cositas de plata. Piensas en una niña vieja junto a sus juguetes. Se endereza un poco para verte. He venido, explicas, con el propósito de hacerle una entrevista literaria. Me gustaría hablar de su obra, de usted como escritora y dejar su vida personal a un lado. Acepto si me pagas, contesta insolentemente. La condición te desconcierta y ofreces tímida lo que traes en la cartera. ¿Doscientos? ¿doscientos pesos?, inquiere en un tono de incredulidad. Piensas que la suma le parece muy poca; luego adviertes que la encuentra estratosférica. Hubiera aceptado cincuenta. Dámelos y puedes entrevistarme. Ahora voy para allá. Con la cabeza te señala el otro espacio el cuarto. Dejas los billetes sobre una cómoda porque te avergüenza estregárselos. María insiste en que te sientes en el sofá pseudo Luis XV pero el asco te obliga a quedarte parada con un leve mareo. A los pocos segundos entra Olga extrañada de que como siempre tu puntualidad te hiciera anticiparte a la cita. Su presencia te ayuda a resistir la incomodidad creciente. Del brazo de María, Pita camina encorvada a pasitos inseguros de anciana o de bebé. Cubierta con una bata rayada negro y rosa, tiene sobre los

hombros un pañolón de lana ruso con flores de colores y se ha puesto encima casi todas sus baratijas. Se acomoda en un sofá de dos plazas. Olga te pide que ocupes otro asiento del mismo juego al que le falta una pata, por lo cual debes recargarte hacia la derecha. A ella, a Olga, le queda la opción de un reposet destartalado. Pita espera que la maquillen como para sus apariciones televisivas. “Casa redonda tenía de redonda soledad; el aire que la invadía era redonda armonía de irrespirable ansiedad”, recitaba apoyándose en los acentos, fijando los avellanados ojos redondos en la pantalla. Boca de corazón, cabello corto y una anchoa retorcida sobre la frente, cara de muñeca que posaba para ser contemplada sin recato mientras por sus labios salían décimas aprendidas de memoria. “Las mañanas eran noches. Las noches desvanecidas, las penas muy bien logradas, las dichas muy vívidas”. Cruzaba las piernas y movía las manos en las que entonces sólo había un anillo grande y lujoso y era uno de los mitos mexicanos. Recuerdas cuando la viste por primera vez a unos metros de distancia en una corrida de Silverio Pérez y Calos Arruza, sentada en barrera de primera fila. Platicaba animadamente con sus amigos y arrastraba la fama de que se acostaría con el triunfador de la tarde. Tu papá te dijo que esa mujer tan segura de sí misma y quitada de la pena era una poeta célebre. “Escribo con el jugo de mis venas; cavidades les abre mi tortura; por ellas se desborda la amargura, libertándose el alma de cadenas”. Desde antes veías todos sus programas. Y desapareció lo que ocurría en el ruedo por admirar las pieles de su traje sastre negro y el matiz durazno de sus mejillas. ¿Todavía le gustan los toros? Únicamente cuando cuernan al torero, responde ahora. En aquel tiempo los artistas le pedían que posara para ellos. Juan Soriano la plasmó disfrazada de musa, con lira en la mano y corona de laurel; Antonio Peláez demoró la destreza de su lápiz en los contornos de unos brazos dispuestos al gozo; Raúl Anguiano le impuso una pose atrevida, piernas abiertas y la disposición desenfadada y frutal de las prostitutas. Diego Rivera insistió en varios acercamientos. Le abrió la mirada desmesuradamente ante interrogantes metafísicas que nadie atina a explicarse. La paró desnuda, apuntando con una vara, como las que usaban los maestros escolares, la sentencia incuestionable: “Yo soy polvo, sobre un páramo abatido por el rayo divino”. Roberto Montenegro la rescató en una concepción perfecta que congelaba perfectamente la plenitud de su hermosura castaña. Y las obras desaparecieron de sus manos junto con otros despojos, la juventud, la razón, el hijo. ¿Es verdad como se comenta que su familia regaló todas las pertenencias de usted?, te atreves a preguntarle. No me gusta hablar del pasado, interrumpe tajante. Insiste en que la maquillen con entusiasmo, que le pinten chapas, sombras color violeta en los párpados bolsudos, que le arreglen el pelo rubio con la raíz blanca aplastado por el lado de la almohada. La alisan un poco. Ya déjame, ordena impaciente. María obedece y ella pregunta ¿Estoy bonita? Sin esperar comentarios empieza a pedir las reliquias que faltaron, el anillo de concha nácar, varios prendedores. Cada uno motiva una reflexión y te lo muestra, el angelito no tiene perla, es un ópalo rosa ¿verdad? Fíjate en este cuarzo. Madame Lupescu, la mujer más blanca que he visto, y mi prima Paulette tenían unas esmeraldas así de grandes; y la Argentinita, un topacio inmenso. Estuve en Arica, en Tanager me compré collares de jade que vendí a lo tonto. Sin embargo cualquier maravilla empequeñece frente a los brillantes. Amo los brillantes. ¿De dónde le viene su inclinación por las piedras preciosas? Esa es una pregunta que no contesto. María, debe haber por allí unas arracadas, búscalas y tráeme mis pulseras. ¡Qué bruta eres! ¿Sólo un arete? ¿dónde está el otro? María informa temerosa que se rompió el clip. Esperas la furia de Pita pero curiosamente pasa el incidente por alto. Está de buen humor quizá por el dinero que

le diste. Le divierte que le sigan colgando sus chácharas. El broche que hice con el cenicero, dámelo. Se prende aquella cosa inmensa doblada por el peso y procura averiguar si te gusta. Por añadir algo, afirmas que esos esmaltes los vendían hacía años en una tienda que daba a la avenida Juárez, en la parte baja del que fuera Hotel del Prado. Te frena abrupta ¡No! Jamás los vendieron allí. El cuerpecito delgado aparenta más fragilidad bajo la carga de sus adornos. Pita Amor pide su collar del águila y se queda quieta unos segundos. He sido modelo. Roberto Montenegro me hizo mi mejor retrato e inspiré la rivera. ¿Y sus poemas, cómo nacieron sus poemas? De la nada, en el aire de la casa de mi madre. Los apunté con bilet. Alfonso Reyes afirmó que yo era un caso mitológico. Y por mí se han perdido todos los hombres con talento. En los años cincuenta cuando usted era parte de una euforia que inundaba al país... Corta tu frase. Intentas ofenderme sugiriendo que ya no soy linda. Aún lo soy y aún se pierden por mí los hombres de mérito. Le pregunta a Olga si vendió la magnolia magnífica que había terminado el día anterior ¿Y el ajo? Es un ajo enorme, añade, el ajo del mundo. Hay que inventarle un soneto a ese ajo. En este momento lo escribimos ¿eh?, Beatriz, y después hacemos la entrevista. Se llamará el ajo de Olga Dondé. El ajo de la hoja milagrosa. El ajo del olvido y del recuerdo, el ajo de celestes arreboles. El ajo de la luz, de los faroles. El ajo de la luz, de los faroles. El ajo incipiente y olvidado... María, busca la víbora. ¿Por qué no me la trajiste primero, si sabes que me encanta? Le colocan un largo collar de perlas con cabeza de serpiente en pedrería diamantina y un par de chispas rojas. ¡Vale millones! Te asegura. Dime cómo va el soneto para que pueda terminarlo. Cuántos versos faltan? Se los lees y continúa. El ajo de fulgores celestiales, el ajo combinado de arreboles. El ajo eterno, el ajo inolvidable. El ajo de fulgores admirables. El ajo del portento, portentoso. Algunos versos se te escapan y no alcanzas a escribir lo dictado. Jamás corrige. Te pide tu pluma para firmarlo con tres garabatos ininteligibles y te ruega que arranques esa hoja de tu libreta de apuntes y se la entregues a Olga, la que casi diez años antes, en otro enero, el 14 de enero de 1987, le pintó un retrato interpretativo sobre la cubierta de una mesa en una especie de papel de estraza blanco donde se habían volcado restos de comida y el descuido de las copas derramadas. Durante una noche de cuatro o cinco horas, en el restorán El Olivo, era cuestión de aprovechar todos los recursos. La flor que Pita se ponía sobre la cabeza para verse más alta quedó esbozada por un ramo de perejil sabiamente dispuesto. Los demás trazos fueron con ceniza de cigarro, colillas, café, Coca-Cola, vino tinto. Arriba de los párpados, el papel plateado que venía en una cajita de la crema Nivea que Pita pide en cualquier parte donde se encuentre porque se le resecan las manos. Para los rasgos restantes se utilizaron las líneas de un lapicero francés de puntilla muy gruesa que Olga siempre carga en su bolsa por lo que se ofrezca. Un corcho quemado con el encendedor con que prende sus innumerables cigarrillos, configuró las sombras. Una pluma atómica le sirvió para terminar las cejas pobladas, bicolors. La marca de un vaso parece una media luna y, a la vez, apunta un gesto voluptuoso como si un hombro se levantara hacia el lóbulo de la oreja. Se respetó el correcto perfil con sus fosas nasales temblorosas, lo único intacto de ese rostro que una vez alentó pasiones. La mirada verde llena de tristeza y paradójicamente también de sagacidad; la misma Pita confirma, los ojos me brillaban como a una zorra. Y semejante al animalillo mantiene sus dos llamas prendidas. Para insinuar la boca, que alguna vez fue tan deleitable, sirvió una fresa fresca olvidada sobre un plato, a sabiendas de que al secarse tras un cristal sería algo obsceno, marchito, repugnante. La mandíbula antes tan definida se convirtió en una ondulación mofletuda. El rizo de la frente se

deshizo, la barba se repitió con un garabato. Hacia la parte izquierda una hoja de helecho, la curva del cachete titubeante. El cabello alborotado, el rictus tristísimo, indefenso, de quien chamuscándose cruzó muchos incendios. Las arrugas que se formaron en el papel con los líquidos vertidos dieron las texturas, movilidad, sensación de cosa viva y palpitante. Al reflejar la vejez en toda su aterradora angustia, el cuadro respira con una ansiedad asmática. Y Pita surge después del desastre, acusa las devastaciones de una orgía. ¿Cómo puede la belleza distorsionarse al punto de la fealdad? Yo soy cóncava y convexa; dos medios mundos a un tiempo; el turbio que nuestro fuera, y el mío que llevo dentro. Pero todavía, con la alquimia del arte, existe otro tipo de esplendor, de conmocionada majestad esperpéntica en la que se registran las huellas implacables del alcohol, la pasiflorina y las pastillas. No basta sólo mirar para adentrarse en un espectáculo, porque cuanto aprendemos del mundo está en constante cambio y por tanto en proceso de degeneración. Esa imagen, la que pintó Olga, con su ternura y crueldad sin concesiones, así nos lo demuestra. Nos demuestra además que algunas mujeres no nacieron para ser madres sino para que la maternidad se convirtiera en su gran desgracia. ¿Recuerdas aquella tarde ya remota? Cuando ibas a pagar el pan que te encargó tu familia oíste unos gritos desgarrantes. Pita estaba a punto de caer, cargaba una canasta y una charola colmada de conchas y chilindrinas a pesar de su avanzado embarazo. La gente se hizo cruces. Te permitió recatlarla, pagar lo que había comprado y subirla en tu pequeño Renault negro de esos tiempos, aunque hasta entonces nunca habían sido presentadas ni se habían dirigido la palabra. Te dijo que la llevaras a la calle de Elba con Juan José Arreola, temía quedarse a solas consigo misma. “Lo que a mí sola me pasa está más allá de todo, no hay nadie que de este modo sentirse pueda en su casa”. El pan era para Juan, y la mantilla blanca que te enseñó para una de sus hijas. Tocaron el timbre. No había nadie y tuviste que esperar dos horas escuchando confidencias, su enamoramiento, el pánico ante el desastre de su silueta, la inseguridad al reconocer su ineficacia para crecer a un niño, la certeza de que esa gestación era un milagro de Dios que ella no esperaba, hasta que al principio de la noche regresó Juan José sin demostrar mucha alegría ante la inesperada visita. A la semana siguiente Pita te llamó para agradecerte la solidaridad que le habías demostrado. Esa semana la visitaste en su departamento de Río Duero, asientos de terciopelo beige, paredes gris claro, espejos, sillas con tapices a rayas, angelitos estucados. El dibujo firmado por Diego Rivera, donde Pita tiene puesta una mascada en la cabeza, colocado sobre un escritorio casi a la entrada. Ella se veía más alegre inventando planes para reaparecer en sus programas, debía buscarse un sustento. Se trataba además de mantenerse bien con su hijo porque el padre no iba a darle ni un centavo. ¿Qué le importaba eso a una mujer que vivía como le daba la gana? A los pocos días dio a luz. Y no supo cambiar los pañales ni meter sus pezones, que tanto habían entretenido a los pintores, en una boquita ansiosa. Resultaba más conveniente entregarle a su hermana el tibio bultito recién parido. Te lo contó ¿recuerdas? ¿Quién hubiera imaginado que la mala fortuna aparecería a la vuelta de dos años? Todo fue confusión. Corrieron retazos de rumores que completaban una historia trágica. El niño se hallaba en el jardín con su tía que fue solicitada para atender un telefonazo, asunto de cinco minutos, diez. Los suficientes para que la criatura se ahogara en una fuente o un pozo. Los suficientes para que Pita supiera que sus versos habían sido premonitorios. Arrojada al enigma del desierto, empecé a caminar sobrecogida. Iba pisando en un terreno muerto, y el polvo era la clave de mi vida. Sus gritos no fueron como los de la tarde en que la conociste. Llegaron al centro de la tierra, huellas perdidas que trató de seguir hasta toparse con la

locura que jamás curarían los sanatorios psiquiátricos ni las personas compasivas. Su deambular de un hotel a otro, de una calle a otra de la zona rosa en la colonia Juárez, los bastonazos que repartía a diestra y siniestra sobre los transeúntes, ni sus recitales ante un público que no sabía si asombrarse o reír. No se pagan los pecados sino las tonterías, te confiesa. Y hoy estás ahí, en un garaje acondicionado por su amigo Felipe para que Pita tenga un techo. Felipe que se dedica a las curaciones milagrosas. Notas que por ninguna parte hay libros, papeles o plumas; tampoco refrigerador o estufa. En una vitrina se alinean figurillas de porcelana japonesa como las que venden en las ferias. ¿La influyeron los clásicos? Ninguno, salvo Juan de Yepes. De mis contemporáneos me entusiasman Rulfo y Arreola y no leo a las mujeres ni por equivocación. Empieza a recitarte una especie de testamento construido a base de conceptos matemáticos, sumas y restas de su vida. Olga sin duda lo ha escuchado cien veces; pero apenas se atreve a cambiar postura y no interrumpe el diálogo que pretendes hilar con tantos esfuerzos. Explíqueme la factura de sus cuentos, pides. Son mediocres y nunca debí publicarlos; además, no me acuerdo de ninguno. Quiero dulces, agrega con tono infantil. Le encargas a María que compre veinte pesos de chiclosos, camotes y chocolates en el estanquillo de la esquina. Mientras los traen se aposenta un silencio irreconciliable. Después, Pita come golosinas como un roedor aplicado a la tarea más fascinante. Pregunta si ya había desayunado. Le aseguran que muy bien. Sin importarle le da fin a varios camotes y a una oblea de cajeta. María y Olga aprovechan la oportunidad para salir al aire fresco. ¿Qué hace todo el día? Pienso o duermo; pero esa es una pregunta que no contesto. Yo me ahogaba en ese ámbito quemante; en ese mar cenizo sin veredas la vista a todos lados esparcía, sólo encontraba las arenas quedas. Nunca lee, escribe, cocina, pega un botón o sube un dobladillo o pasa un trapo por sus muebles polvosos. Se entrega al deporte de pensar. Recorre la espiral de su pasado, baja al sótano de su memoria, revuelve sus escombros, duerme y observa el techo hora tras hora en ese rincón donde los ángeles escatiman sus cantos. Pita alza la vista y percibes su miedo. Horror a quedarse sola contigo. Se incorpora trabajosamente. La ayudas con cuidado sintiendo casi el mismo espanto que ella siente.

Las dulces

Oíste hablar de Pepa Hernández, quien de pequeña iba al Colegio Americano donde estudiaba tu sobrino; luego el nombre de Pepa se convirtió en algo lejano y olvidado. La noche en que tu sobrino regresó, después de viajar por el extranjero, asististe a una reunión para recibirlo. Una fiesta como tantas otras donde las personas pretenden mostrarse contentas y comen y beben sin saborear y dicen frases ingeniosas o estúpidas. Te sentiste sola, siempre te sientes sola en las fiestas. Buscaste una silla. Estaban ocupadas. Fuiste hacia la escalera y permaneciste allí como para aislarte de los demás. Te creíste infortunada. Pensaste que la desdicha era un bloque, una piedra sobre el pecho ¿Leíste eso en alguna parte? De cualquier manera la desdicha te pesaba y la idea de la piedra sobre el pecho ilustraba bien una impresión agobiadora. Entre las figuras borrosas que parecían distorsionarse, empujar el codo, reír, atender un comentario, distinguiste a Pepa (hace meses el oftalmólogo te recetó otros anteojos). La viste caminar hacia ti, escuchaste el timbre de su voz. Te arrimaste a un lado para que se sentara en el mismo escalón donde te sentabas. Movía los labios que al mismo tiempo sostenían un cigarrillo, sus labios en torno a los cuales han de marcarse pequeñas arrugas al pasar la juventud y te miraba con esos ojos suyos negros y brillantes embellecidos por segundos. Se interesaba por los detalles triviales de tu tediosa existencia. Dijiste que eres maestra en una escuela, semillero de futuras maestras, que desde quince años atrás acudes puntualmente a tus clases, que tus alumnas agradecen la generosidad que demuestras al dedicarles tus ratos libres. Pera mantenía sus bellos ojos negros muy abiertos y fijos en ti. Fumaba inquieta y, a su vez, comentó una larga estancia suya en San Francisco. Padecía una fuerte urticaria nerviosa cuyos efectos le desfiguraron el rostro. Fuera de México encontró confianza, una tranquilidad perdida. Al establecerse volvió a casa de sus padres y a fiestas que también a ella la aburrían. Alguien planeó seguir con la música en otra parte. ¿Por qué no en el restorán del Lago? La orquesta toca bien y tras los ventanales panorámicos una fuente hace monerías, sube, baja, cambia de colores o de formas, un chorro bailarín elevado más allá de las posibilidades previstas. Invitaron a Pepa. Aceptó. Te invitaron con esa cortesía mexicana de cumplido, que de antemano obliga a rehusar. Antes de salir Pepa te dio una servilleta de papel en la cual escribió algo que en vano intentaste leer. Entendiste tu nombre, Lucero, mezclado con palabras desdibujadas. Descifraste gracias, intensidad, momentos. Sonreíste al reconstruir de memoria los rasgos de Pepa. Facciones de niña inteligente y confundida, una combinación extraña. Por eso después cuando corregías los exámenes de tus alumnas, bajo la protección de los doce apóstoles observándote desde una litografía colgada en la pared gracias a tu gusto de solterona conservadora y tradicionalista, no te extrañó reconocer al otro extremo de la línea telefónica la voz de Pepa explicando su necesidad de encontrarse contigo en alguna parte, de estar cerca de ti. Aceptas una cita para desayunar juntas y llegaste puntual, aunque tu presupuesto reducido no permite tales extravagancias. Ella te esperaba en el interior de la cafetería vestida con un suéter y una falda grises. Llevaba el cabello oscuro y corto peinado atrás de las orejas. Ocupaban las mesas próximas unos atletas alemanes que indudablemente pertenecían a un equipo de fútbol.

Metidos en sus chaquetas uniformes de cuero negro conversaban animados. Aunque la identificaste en seguida Pepa te hizo señales con la mano como para ser descubierta esperándote. De nuevo fumaba sin parar y entonces intentó confiarte incluso el incidente menos significativo de su propia historia. Su urticaria respondía a un estado emocional inestable, sus padres se empeñaron en sostener un matrimonio aparente donde el diálogo se evitaba de manera obstinada desde hacía cinco o seis años, ella había principiado a psicoanalizarse pero aún no lograba adelantos aparentes, ninguna luz para sus tribulaciones. Sus confidencias brotaban de prisa y las ideas se atropellaban y no se esclarecían. La veías fumar y te encantabas con sus ojos de niña desvalida, sus cabellos cortos, sus ojeras. La creíste hermosa, con una hermosura distinta a la de otras mujeres. Tu mirada resbalaba por ella, se quedaba prendida en la comisura de sus labios que se abrían y cerraban. Sus frases inconclusas no dilucidaban los pensamientos. De pronto reunió fuerzas para hablar de lo que realmente deseaba. Tres años antes tuvo una experiencia amorosa con una amiga y todavía no se recuperaba. Cuando admitió esto la voz se le enronqueció. Siempre ingenua, a pesar de tus cuarenta años, comprendiste finalmente que en las confesiones de Pepa se planteaba una petición sobreentendida que te negabas a escuchar, pues sólo aprendiste a comportarte de acuerdo a los ejemplos morales de esos parientes tuyos protectores de tu niñez provinciana. Practicas las enseñanzas de la doctrina. Arraigaron en ti los ejercicios espirituales preparados por el padre Mercado para un grupo entero de señoritas quedadas, a quienes consolaba con el argumento de que Dios no las guiaba rumbo al camino del matrimonio para reservarles el casto destino del celibato respetable; sin embargo ahora recuerdas, con una claridad irónica, que en esos momentos pusiste tus brazos sobre tu vientre virgen y conociste una enorme piedad de ti misma. Eso y muchas cosas inexplicables te impedían entender a Pepa. Ella preguntó la razón por la cual no te habías casado. Balbuceaste la historia de aquel maestro de música al que conociste en la escuela donde trabajas, aquel hombre viudo que aceptó una plaza rural en Michoacán y desapareció de tu vida. Quizá pude ser feliz pero nunca supe cómo, precisaste. Pepa te miró con sus ojos sensibles y repuso que tal vez tuviste la felicidad al alcance de la mano y no te permitiste agarrarla. A pesar tuyo nuevamente intuiste en su respuesta una insinuación velada. Hay gente que la quiere y usted no se deja querer, dijo. Su voz parecía un hilo apenas audible. Quizá, sí, confirmaste. Pepa enmudeció y entristecida te miraba con ojos suplicantes y humildes. No acertaste a tomar una actitud inteligente, deseabas explicarle que ella era una muchacha lo suficientemente atractiva para elegir y amar a cualquier hombre, a un hombre tan guapo y seductor como uno de esos atletas alemanes sentados frente a las mesas vecinas. Pepa no quería comprenderte. Adoptó una actitud desencantada. Contra tu voluntad, te reprochaste haberla defraudado. Pensaste que era muy bella y frenaste el impulso de tocarle el pelo y acariciarle la mejilla; pero en lugar de eso consultaste tu reloj y te despediste en aras de tus clases. Pepa permaneció en su sitio. Antes de abandonar la salita llena de clientes, volviste la cabeza para echarle un último vistazo y la recuerdas inclinada sobre su taza de café moviendo el fondo con la cucharilla. Al llegar a tu aula, al abrir la puerta, te sorprendiste porque tarareabas una canción mientras reconstruías en la memoria los ojos negros y melancólicos de Pepa. Tus alumnas te encontraron risueña y le alabaste a Patricia el cambio de peinado, a Martha las pestañas rimeladas, a Bertha sus medias color carne. Todo eso cuando pasabas lista y te interrumpías y tus discípulas comentaban tu inusitada amabilidad, y tú te descubrías a ti misma porque hasta ese momento jamás lo sospechaste.

Progreso para Hernán Lara Zavala Hernán Menéndez Elvia Rodríguez Cirerol

Mi padre intentaba casarme con un muchacho que fuera de la casta divina. Lo sé ahora cuando los recuerdos empiezan a sostenerse en hilos de mariposa. Me compró un guardarropa surtido y cada año me enviaba, los meses de julio y agosto durante la temporada de Progreso, a casa de doña Felisa Lejeune. Una construcción sólida con fachada más bonita que el interior, espaciosa terraza frente al mar, entrada ancha, *hall*, el saloncito a mano derecha, escaleras y recámaras en la planta alta amuebladas con lo indispensable para tener muchas comodidades y ninguna molestia. Y si lo pienso, no había nada rescatable o hermoso en el plano arquitectónico, en las paredes o sobre el piso. Los espacios se llenaban de cosas que nadie quería y doña Felisa mandaba de veraneo por considerarlas cachivaches indignos del Paseo Montejo.

Y al volver preguntaba cómo me había ido. Yo le describía las minucias del viaje, pequeñas aventuras. Me demoraba comentándole mis adelantos culinarios y la delicia de recibir serenata. La oscuridad nocturna iba transformándose en algo sutil entibiado con una brisa que entraba por las ventanas abiertas mientras nosotras, Lucita Barragán, sobrina de doña Fe, la sombra suntuosa de una amiga gorda que la seguía y yo, oíamos trovar guitarras y voces melódicas, desde las hamacas cruzadas a lo largo del cuarto, gajos de mandarina alunizados que se mecían dulcemente.

Le explicaba que había aprendido la receta de mi panqué favorito hecho con mucha ralladura de naranja y buena porción de Courvoisier y que me había adiestrado elaborando platillos. Y ahí estaban en prenda los pollos mulatos que me enseñó Tomás el cocinero, pastita del relleno negro, punta de sal, pimientos morrones, manteca, vinagre, chiles largos, ajo, vino tinto del que sobraba en las comidas; pero aunque oía sin perder palabra, me entregaba el entendimiento de su mirada tierna con un ojo imperceptiblemente más pequeño que el otro y recibía interesado la roja bola de queso holandés que yo traía por recomendaciones tuyas. Mi padre esperaba siempre noticias de mayor envergadura que no le llegaban.

Progreso nunca fue mi reino. Aunque todos compartíamos un plácido aletargamiento, en un punto del planeta que marcaba las horas exactas por los cambios de luz, la consigna general era combatir la aburrición. No desperdiciar minutos de aquellos dos únicos meses. La playa se llenaba de gente, antes de que se presentaran los nortes, la desbandada general, y las casas quedaran vacías, con las persianas bajadas y las cerraduras enmohecidas. Las conversaciones brillaban por su ausencia; en su lugar se hacían chistes, comentarios sobre personas que conocían todos menos yo, se inventaban “boladas” o se reconstruían anécdotas de la obligada estancia en colegios de los Estados Unidos. Al principio quise intervenir, luego advertí que mi presencia no les impedía una intimidad sin fisuras.

Por las mañanas unas cuantas gaviotas traspasaban el aire diáfano. Se trataba de participar en la sopsandía ¿zopsandía? ¿Cómo se escribirá esta palabra que no he vuelto a repetir? El chiste era volver sopa a puñetazos una sandía gigantesca colgada como piñata de

un mecate que la amarraba por la barriga. Y la fruta maravillosa, buena para saborearla en el jardín del Edén se bamboleaba a una altura propicia y recibía los golpazos de una fila de jóvenes que arremetían contra ella a mano limpia hasta que la cáscara verde y reluciente no aguantaba más. Se cuarteaba. El jugo escurría por la rajadura y alguien, del sopapo número cuatrocientos, lograba hacerla pedazos. Inmediatamente en una jauría bulliciosa los más veloces se abalanzaban a coger trozos y arremetían contra los otros embarrándoles la pulpa hasta que las semillas negras les quedaran enredadas en el pelo como gruesas chaquiras y la miel roja les cubriera cara, pecho, piernas, en medio de manotazos y risotadas interminables que casi se volvían hipo enfrentando luego las olas a grandes y feroces zancadas.

Sobre arreglada, con zapatos de tacón alto que se encajaban en la arena suelta, demasiado maquillaje en pestañas y mejillas y un cutis poco resistente que a la menor provocación se llenaba de pecas o se ponía como filete Wellington, me quedaba en una silla de lona bajo el ala protectora de mi sombrero, amparada por un muro. Pensaba que algo se había detenido para mantener unas costumbres que nadie cuestionaba. Nadie se interrogaba tampoco a sí mismo ni pedía nada que fuera más allá de la propia piel. Yo experimentaba sensaciones de invalidez y aislamiento, rechazo y ganas de compartir esa alegría de cachorros preocupados sólo por divertirse creyéndose dueños de su mundo sobreprotegido y conforme, en que el gozo inmediato era una certidumbre de estar vivo con sólo palpase el cuerpo.

Y arriba se hallaba el sol, sus rayos amarillo intenso de cuento infantil; abajo, el mar fosforescente apenas ondulado y la luz enceguedora como una fotografía tomada con el lente demasiado abierto que a fuerza de brillos disolviera los contornos de quienes retozaban en la orilla, las cabezas de los que nadaban lejos, canicas que subían y bajaban en el ondulante movimiento, y los perfiles de los que yacían sin preocupación bajo las sombrillas playeras.

Alguna vez, cómo olvidarlo, América Vales salió del mar con el paso armonioso y amplio de los atletas. Su carne dorada cubierta por una capa de aceite detenía gotas que se escurrían lentamente por su espalda, sus hombros y sus senos. Se alisaba el cabello castaño lleno de sal atrás de las orejas y con las manos en alto parecía una Venus criolla, afrodita reencarnada emergiendo de las aguas, segura de su belleza pero más segura aún de su juventud exultante, caminando hacia donde yo estaba en busca de una toalla y para refugiarse en un lugar sombreado.

Don Félix y doña Felisa Lejeune tenían el secreto del amor hecho de condescendencias. Aparentemente no se parecían sino en el nombre. Ella era gruesa; él, pequeño. Los rasgos fisonómicos de ella resultaban precisos, los de él se diluían en el panorama como si, a fuerza de haber padecido temperaturas sofocantes, algo cerúleo y evanescente se le hubiera pegado. El era de pocas y afiladas palabras; ella platicadora, vestida de negro a pesar del calor; él usaba frescas guayaberas, ajenas a la ostentación; ella llevaba en las orejas dos brillantes del tamaño de un garbanzo. El no simulaba interesarse mucho por la gente; ella mantenía contra viento y marea su prestigio de ser una opulenta anfitriona, no sólo por la esplendidez de su mesa sino por el solícito afecto que prodigaba a sus huéspedes. El cifraba su existencia en consentir a su mujer; ella le inventaba programas cotidianos que no le permitían sosiego.

Después de la comida se tomaba una siesta y a eso de las cuatro se organizaban partidas de canasta uruguaya que doña Felisa no perdonaba. Florecía conforme avanzaba el reloj. Se alegraba de su suerte, llamaba *cochon* a su marido, vigilaba la llegada de sus invitados, la

buena disposición del evento. Cándido el mesero se empapaba el pelo de Glostora, sus facciones se hacían más orientales y metido en su filipina ordenaba hileras de copas. En la terraza aparecían varias mesitas con cuatro sillas, ceniceros y mazos de barajas. Y aunque los jóvenes no participaban, de vez en cuando doña Felisa recién bañada afinaba su tono sensual de fumadora impenitente para ordenarme completar un cuarteto, con alguna de sus amigas y el padre López Ortega, ex condiscípulo de mi papá en la escuela de don Manuel Alcalá o en algún Instituto cuyo nombre se me olvida.

Yo podría mantenerme atenta a lo largo de los dos primeros juegos que generalmente ganábamos. Después empezaba a perder. No me apasionaba la defensa heroica del monte, creciente a cada carta tirada entre guiños de ojos con chispas pícaras, tragos de licor, ruidos de hielos contra el cristal y bocanadas neblinosas. Mi concentración iba rumbo a las nubes que se deslizaban encima, moles aéreas, encajes remendados como la mayoría de mis recuerdos, lentos trasatlánticos de algodón recorriendo su travesía celeste. Y aquello era una masacre a pesar de mis esfuerzos. Finalmente el padre López, involucrado a medida inversa en que mi fantasía volaba, subía con un dedo los espejuelos escurridos hasta la punta de su nariz, mientras ordenaba sus naipes me ensartaba inquisitorialmente la mirada y malhumorado sugería mi remplazo.

Así, entre confusa y feliz, me sentaba en una mecedora con un caracol encontrado entre la arena en cuyos contornos retorcidos veía la síntesis del universo, y un libro que contaba la historia de Hypatia, consejera de astrónomos. Se daba el lujo de desdeñar a su emperador y fue acusada de saber mucho latín. Ambas cosas, el caracol y el libro, impedían la contemplación del paisaje, del mar que cambiaba colores. Me llevaban a otros espacios nada tropicales, quizás dolorosos, complicados o inalcanzables en los que me sumergía sorteando vaivenes sin escuchar ya los murmullos cercanos ni intercambiar palabra salvo con don Félix, abstraído en el horizonte, quien me confesaba que el secreto de un buen matrimonio era la tolerancia mutua; aunque yo aceptara su confianza con ojos desencantados.

A las cinco o seis, en un expendio de los portales donde sobre el suelo se reflejaban arcos de luces y sombras, bebíamos agua de lima. Enormes porciones rebosantes de líquido verde tierno, servidas con ademanes cadenciosos y amables, sonrisas habituales en cuanto ser humano podía encontrarse a la redonda, y la seguridad de que estaban ofreciéndonos una delicia digna de dioses olímpicos. Al anochecer olía a yodo, légamo y algas muertas. Caminábamos por el malecón hasta el final del muelle sobre la alfombra del océano tendido al infinito. Arriba, la luna lanzaba reflectores que rayaban la oscuridad sobrecogedora.

Y continuaba el ritual, comprar en la Casa Garabana o quizás en la Suárez y Crespo, la Baltasar Jofre, Milán Hermanos o en algún puesto del mercado, una caja entera de vasos baratos, subirlos a un jeep y recorrer al oriente desde La Flor de Mayo y al poniente hasta el cementerio viejo para asustar a quienes tuvieran la mala fortuna de toparse con nosotros. Bordeábamos la ciénega. Cazábamos a los chinos de las lavanderías. Nos desplazábamos por la calle 30 como quien no quiere la cosa. Dábamos vuelta al Parque de la Independencia. Sorteábamos a los perros que nos perseguían ladrando. Recorríamos los rincones del puerto en busca de mestizas dispuestas a tomar el fresco con sus abanicos de sándalo, que hubieran sacado mecedoras a la banqueta y no esperaran el embate de un vehículo que las apuntaba. Las fijaba en la mira, hacía chirriar las llantas a gran velocidad y en el último instante, casi al embestirlas, frenaba milagrosamente a escasos centímetros de distancia dejando caer vidrios violentos que estrellados contra el pavimento parecían bombas. Las caras de azoro

provocaban carcajadas delirantes y se consideraba un triunfo total cuando las mujeres, con sus sillones a cuestas tropezándose unas contra otras, se metían y cerraban la puerta. Nuevamente a encontrar víctimas, hasta las doce en que se hacía resumen de los logros obtenidos, ya dormir pensando cómo divertirse los siguientes días.

Las semanas transcurrían con ligeras variantes. Lo más placentero eran los recorridos en yate. Preparábamos una canasta con café, cervezas y botanas. La costa se alargaba, las casas empequeñecían, la vegetación se convertía en manchas y se anunciaba la pesca. Pesca con anzuelos e hilos tendidos desde la popa, golpes intermitentes del oleaje contra el casco, los motores apagados esperando un jalón indicador de que la presa picaba y debíamos apurarnos pues en un descuido podía escaparse. Salíamos a las cuatro y media de la madrugada para aprovechar el tiempo. El padre López Ortega nos acompañaba decidido a impedir cualquier desmán, el contacto de dos muslos, un abrazo prolongado. Su sola presencia metía orden en los marineros e indicaba que a pesar del clima y las actividades necesitábamos ponernos prendas que cubrieran pudorosamente la desnudez del traje de baño.

Algunos ataban el cordel a las bancas del barco; pero al enrollarlo en la mano, yo no estaba tan fuera de lugar porque los peces venían a mí con desaprensiva insensatez. Y los entregaba a los marineros para amarrarlos por la cola con una tira de palma. Sabía poner la carnada que habían cortado previamente, tiraba el anzuelo y no recuerdo que se me hubiera atorado en el fondo rocoso. Embriagada por mis triunfos aventaba lejos playera o blusa, que me parecían estorbos y me quitaba sin ningún recato y sin importarme los gestos desaprobatorios del padre López, ni sus posteriores sermoncitos y recomendaciones durante la merienda.

El caso era sentirse triunfadora en lago, porque en los bailes tampoco encontraba acomodo. No es que faltaran parejas, es que me empeñaba en polemizar sobre derechos sociales. ¿Por qué se asombraban tanto de que peinadoras y manicuristas se presentaran en el casino con trajecitos confeccionados por las costureras que elegían sus telas, figurín a la vista, en los establecimientos de Alejandro Domani, Juan Moisés o Antonio Sid? ¿Qué no se pagaba con el mismo dinero? ¿No se vendían las entradas? ¿En qué lógica se basaba aquello de que la gente debía auto marginarse? ¿Guardar su sitio? ¿Nadie había oído el consejo de amarse los unos a los otros fuera de su pequeño círculo? Mis peroratas subían hacia el firmamento estrellado con sus constelaciones dispuestas a ser contempladas, quedaban perdidas en el espacio sideral, se paraban arriba de las palmeras, trepaban por la torrecita rosa en la iglesia del zócalo, se escondían entre los pétalos de un tulipán, en la paja de alguna vivienda, o iban derechito al reino de la buena educación donde se pasan por alto las impertinencias. A palabras necias oídos sordos, me respondían los rostros felices de esos adolescentes que usaban lentes negros y bronceadores.

Y después nadie deseaba emprender el camino de la trascendencia sino el de la música que salía por las bocinas en el convertible que nos llevaba a los pueblos y lugares próximos. De las haciendas pasábamos a Uxmal, a Motul para comprobar que allí vendían huevos deliciosos. Las fiestas se multiplicaban a lo largo de los días, actividades y excursiones también. Las bromas sostenían su ritmo de cascabeles, interminable ir y venir que para mí se suspendería con un último paseo a Chichén. Por algún sendero vecinal, nos encontramos de pronto extraviados a mitad de una hectárea sembrada con plantas de henequén, uniformes, picudas y alienadas como ejército impenetrable.

En la distancia vislumbramos el sombrero de un hombre. Por la gracia divina que le daba

ser bonita, rica, alta, segura de sí misma, de raza blanca, América Vales gritó haciendo un llamado con el brazo: ¡Hey, tú, indio, ven acá!

Con el sombrero en la mano, unos pantalones doblados hasta las rodillas y una camiseta blanca, el campesino se acercó diciendo: Ordene usted, niña Y que intervengo con un: ¿Señor, por qué responde con tanta amabilidad a palabras tan groseras? Alguien dijo que no era un señor sino un indio, bastaba con verlo. Y que me enojo. Otra vez aquello de ¿en qué cabeza cabe? ¡No te gusta estar contenta! ¿Nunca han pensado? ¿Qué los hace superiores? ¡Siempre complicas todo! ¿A quién se le ocurre entrometerse? Y lo que entra por un oído, sale por otro; mientras el campesino confuso nos daba instrucciones para salir de allí, aunque sólo quería alejarse.

En Chichén nos dispersamos. Las risas se posesionaron de los nichos, se enroscaron en las columnas, se columpiaron de los árboles. Desde lo alto del Castillo se fueron alejando. Dejé de oírlas para entrar en la dimensión de lo inefable. Las humedades hacían mapas en los muros legendarios. El cielo azul intenso contrastaba con el verdor vegetal de fulgurantes esmeraldas y, conjugados a la distancia con un resplandor solar, allí las escaleras abismales para ser bajadas en zigzag, el equinoccio de otoño y el solsticio de invierno anunciados en el hemisferio boreal, la rosa de los vientos y el silencio. El silencio ensordecedor de los siglos. Y el milagro, la primera emoción estética real de mi vida. No se trataba ya de recetas aprendidas, compartir juicios ajenos ni de mostrarse pedante. Era la belleza entrando por los resquicios del corazón que en fragmentos de segundo me hicieron creer que efectivamente los caracoles son muy misteriosos, tanto como todo lo que alcanzaba la vista. Sentí emociones reveladoras, etéreas, frágiles, huidizas.

Junto al coche hacían señas para que me acercara. En la carretera quizá íbamos menos ocurrentes. No lo recuerdo; pero recuerdo que esa noche, cuando regresamos de nuestros entretenimientos acostumbrados, estaba doña Felisa conversando con el padre López en el recibidor. Ambos tenían un vago aliento circunspecto nada adecuado a sus respectivas personalidades. Saludé y subía las escaleras rumbo a mi cuarto, cuando doña Felisa dijo que el padre esperaba oírme en confesión. ¿En confesión?, yo no pedí confesarme.

Deben haberse equivocado. Es que me preocupan, hija, esas ideas tuyas revolucionarias. Y ante un mohín de rechazo, el recurso infalible. A tu papá no le gustaría saber que te has vuelto comunista. ¿Comunista, padre? ¡Debe andar mal de sus cabales! ¿Qué es ser cristiano? ¿o a fuerza de repetirlas se le borraron las enseñanzas del catecismo? ¿Por qué no mejor procura que se confiese América? Y un por favor, niña, cuida tus palabras, respeta a un sacerdote. Y la rubia voz del padre con leves temblores de ira, y la voz conciliadora de doña Felisa. Todos de pie. Y un deseo grande de subirme al avión, desempacar mis cosas con la maleta sobre la cama, y contarle a mi papá que aprendí a preparar comida yucateca.

Y las hojas de los árboles también se habían perdido

Durante un sexenio gubernamental la hermana de Estela Conchello fue amante de un político mexicano de los que dejan las arcas vacías y permiten a sus allegados —oficiales y extraoficiales— despacharse con la cuchara grande. La familia Conchello se enriqueció de la noche a la mañana y demostró su opulencia con desparpajo soez. En una hectárea en el Paseo del Pedregal de San Ángel edificó varias mansiones que organizaron una colonia privada en medio de jardines delirantes donde cupieron plantas exóticas, tulipanes traídos de Flandes, alcatraces de hojalata, faroles coloniales y estatuas chinescas.

Antes de vivir tiempos tan prósperos, Estela trabajaba como dependienta en un gran almacén. Desde entonces creyó que el máximo lujo para alguien con pretensiones era juntar cosas, acumular sin ton ni son piezas auténticas baratijas. Quizá también desde entonces le germinaron en el alma un rencor secreto hacia algunos clientes injuriosos, la voluntad de anunciar su hora triunfal con repiques de campanas y de presumirle a quien tuviera enfrente. Escaparate adecuado a su personalidad, las paredes de su casa se tapizaron con colecciones de lo coleccionable comprado en múltiples viajes. Los tapetes persas proliferaron sobre las alfombras de pura lana virgen. Y estela reprodujo la tienda de sus recuerdos adolescentes. Aduló a los conocidos y con placer se instaló en su papel de multimillonaria recién acuñada. Supo que nada entretiene tanto como ocuparse de uno mismo y explotó el filón egocéntrico de sus amigos. Descubrió a una vidente que trabajaba a domicilio para una clientela entusiasta y, decidida a sacarle jugo, Estela llamó telefónicamente a cinco o seis parejas y las convidó para dejarse adivinar el futuro. Su hallazgo tenía “facultades extrañísimas” a la hora de leer el tarot, el café, la palma de la mano. Por medio de estos tres caminos conocía el presente de su consultante, hurgaba las entretelas de su conciencia, exploraba en su pasado y lograba propiciarle el porvenir. Los poderes le alcanzaban para señalar iniciales de nombres propios importantes en el desarrollo de una vida, esclarecer dudas o aconsejar como Sibila.

Bertha y Mauricio se desconcertaron de haber sido invitados la misma tarde. Su inminente separación se comentaba ya entre el grupo allegado; pero procuraron no evidenciar su sorpresa y adoptaron una actitud natural, recíprocamente amable. Acostumbrados a ciertas modas, aceptaron entretenidos aquel juego profético. Sin perder todavía el hábito, compartieron un sofá, estiraron la mano hacia las copas de cognac presentadas en charola de plata y al menos en apariencia atendieron las caídas de cuna de su anfitriona, dueña de un virtuosismo especial para reducir a pesos y centavos cualquier tema. Aunque Estela disculpó la hazaña arguyendo que se proponía conservar “el aprecio de los dos”, intuían que al juntarlos se daba el gusto de convertirlos en conejillos de indias bajo la observación de todos los presentes, bajo microscopios de un laboratorio que producía morbosidad burlona.

En la confusión inorgánica y el decorado demasiado ecléctico de los demás cuartos, el saloncito chino parecía excepcional. Sus proporciones recogidas lo dotaban con una gracia ausente en el resto de las habitaciones. Un pebetero quemaba incienso; a su lado se guardaban en un mueble con tapa de vidrio una serie de figuras de jade y amatista que formaban un lote considerable. A pesar de haber permanecido callado, Mauricio rompió su

silencio al preguntar sobre el origen adquisitivo de tales piezas y, sin esperar respuesta, dijo:

—Tuve una colección tan importante como ésta... que rompí en un raptó de furia loca — completó Bertha estimulada por un nerviosismo imprevisto, como si de pronto saliera por su boca algo en ebullición, tenazmente reprimido; sin embargo, controlándose al instante quiso borrar su arrebató con una broma.

—¿Sabes lo que cuesta? —repuso Estela desorbitando su interrogación azul.

—¡Claro que lo sé! También era mía ¿no?

Con una sonrisa sarcástica que Bertha sabía interpretar, Mauricio intervino:

—Además, como diría tu bruja, las cosas siempre regresan a uno aunque sea hechas pedazos. Hubiera añadido algo más, pero lo llamaron de la pieza contigua y se levantó dispuesto a percatarse de su destino. Bertha procuró seguir la historia detallada de las experiencias que Estela había tenido hacía un mes en Damasco. Le impedía seguirlas punto por punto el disgusto hiriente que sentía por haber abierto de modo tan gratuito una rendija de su intimidad.

En su turno ante el oráculo se instaló en un banquito casi a ras del suelo. Al otro lado de una mesa de patas cortas, vestida con una tela barata y chillona, la mujer semi acostada se apoyaba en un codo. Escondía una de sus manos entre el enmarañado cabello azafrán, dejaba un cigarrillo entre los labios y que su mano libre jugueteaba con las barajas. Los ojos maquillados con gruesas rayas negras y sombras verdosas en lugar de verse vulgares le conferían un aire misterioso de acuerdo con su oficio. El cenicero colmado de colillas evidenciaba su temperamento excitable y unas profundas ojeras marcadas en el rostro, su fatiga. Se concentraba haciendo grandes esfuerzos; pero su puesta en escena carecía de talento debido a un claro afán por dejar satisfecho al cliente en turno. Bertha escuchaba los augurios de un matrimonio próximo en el cual tendría hijos y una desmesurada dosis de felicidad. Hubiera resultado irónico si la vista no se le nublara con una ola de llanto. Casi interrumpió para que no se dijeran tonterías. ¿Cómo explicar que las cartas mentían o eran mal interpretadas? A la mañana siguiente iría al juzgado para divorciarse de su marido, no pensaba casarse, ni lavar pañales ni amamantar a nadie. No esperaba ninguna dicha sino una honda, impronunciabile amargura. Y se comió sus palabras y controló sus emociones.

De regreso al saloncito, frente al resto de los contertulios empecinados en averiguar lo que la moderna pitonisa le había augurado, aseguró su asombro por las cosas tan atinadas que le habían dicho. En Mauricio encontró a un cómplice que aplaudía su mentira cortés y — cuando al rato decidió despedirse— a un amigo que la acompañó hasta su choche, le aceptó el beso en la mejilla y prometió recordar la cita pendiente.

Contra su costumbre y con el cansancio de la mala noche, Bertha despertó a las seis de lo que parecía un madrugada brumosa. Usaría el abrigo café con mink en el ruedo, el vestido blanco de cuello de tortuga y la bolsa de cocodrilo, pensó. Al fondo de un largo pasillo la voz de su madre la obligó a ocuparse de lo inmediato. Se puso una bata encima y caminó arrastrando sus pantuflas con plumas de avestruz que empezaban a ensuciarse. Bajo un cúmulo de edredones escuchó una pregunta ociosa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Este asunto es sólo mío y deseo arreglarlo sola...

Como respuesta, con su inveterada manía de contestar una cosa por otra en un monólogo impenetrable, la madre dijo:

—Me duele muchísimo la cabeza, necesito un calmante para los nervios. Nunca me

consolaré del dolor que ustedes me causan.

Bertha prometió conseguir un sedativo en la farmacia de la esquina abierta las veinticuatro horas.

Tan pronto la vio, el boticario supo a lo que iba. Sigiloso envolvió un frasco y apaciguando sus pruritos profesionales espetó lo de siempre.

—Ya les aclaré que se prohíbe vender este medicamento sin receta. Me multarán, tendré un lío por su culpa, vendrá la poli...

Bertha sabría de memoria las tretas empleadas por su madre para conseguir barbitúricos; no encontró nada razonable que replicar y pagó medio apenada.

La madre le pidió un vaso de agua, temblorosamente tomó dos o tres pastillas y se cubrió con las cobijas.

—No descorras las cortinas. Esta pena me matará —dijo—

Bertha necesitaba una actitud más solidaria. El espejo del tocador la reflejaba desgarbada, con los hombros vencidos. Quizás el maquillaje me ayude a disimular esta cara horrible, pensó. El timbre del teléfono y la voz de Estela Conchello la llevaron de nuevo a lo inmediato. Vio la hora en tanto rechazaba la propuesta de ser acompañada y colgó impaciente.

Frente a la puerta del Registro Civil había un lugar donde estacionarse. A poca distancia Mauricio aguardaba. Leía el periódico recostado contra el asiento trasero de Chevrolet negro que el estático chofer, sentado al frente, se encargaba de pulir. No se concentraba en su lectura porque salió al encuentro de Bertha antes de que ella bajara de su coche.

—¡Qué bonita vienes! —dijo.

—Tú eres el que se ve muy bien ¿estrenaste traje?

—Sí. Lo compré para la corbata que me regalaste en mi cumpleaños.

Bertha creyó que era chocante toda esa cordialidad simulada y abruptamente interrumpió:

—No hablemos de banalidades...

—¿Prefieres a cambio un duelo de espadas?

—¿Llegaron los abogados?

—No.

—¿Y el juez?

—Tampoco. Los únicos que estamos aquí somos nosotros —ella sonrió, él sonrió y ambos desviaron la mirada.

Los abogados llegaron por fin como parte prescindible de un ritual absurdo.

—El juez tardará todavía un rato —confirmó uno de ellos, empeñado en demostrar su apego al papel que le tocaba cumplir.

Decidieron esperar en un café de chinos. Mauricio y Bertha se sentaron uno frente a otro, cada quien con su ángel custodio a la siniestra. Mauricio ordenó cuatro cafés con una risita fascinadora que le permitía presumir su dentadura impecable. La mesera, una muchacha entre los veinticinco y los treinta años, le retribuyó la supuesta coquetería y se alejó contoneándose. Bertha comprendió que Mauricio se esforzaba por mantener hasta el último minuto la imagen del hombre guapo que ella había amado. Lo observó tras un cristal opaco. A falta de otra conversación hablaron de hoteles europeos. El abogado de Bertha, Caballero de Colón e hispanófilo de hueso colorado, rememoró Madrid añorando las tapas de sus bares, Mauricio se sumergió en el mutismo y Bertha hizo comentarios aislados. De pronto, alguien aludió a la urgencia de continuar los trámites del divorcio.

Por la calle el abogado recordaba aún la ubicación de una fonda española ideal para clientes empeñados en escoger el pedazo de vaca que han de comerse. Mauricio y Bertha caminaron atrás, callados.

Al entrar en el despacho les informaron que Estela Conchello había llamado varias veces. El juez —amigo de todos— se permitió una broma que en ese momento sonaba a sarcasmo:

—¿Esta pareja tan elegante viene a casarse? —dijo. Nadie atinó una respuesta y se prefirió disimular el comentario.

A la hora de firmar, Bertha se detuvo titubeante.

—Firma con tu nombre de soltera —pidió el juez y ella escribió su nombre con una letra firme, ajena a sus emociones.

—Cualquier vínculo matrimonial queda legalmente disuelto.

Una secretaria avisó que Estela Conchello estaba en el teléfono.

—Dígale que los señores acaban de irse... Detesto a los chismosos profesionales, aunque yo sea uno de ellos —dijo el juez y soltó una risita breve.

En la escalera angosta y sórdida, Bertha tropezó. Mauricio la ayudó a sostenerse y la vio con ternura.

—¿En qué fallamos? ¿Cuándo empezaron las equivocaciones? —preguntó cansado.

—Nunca lo sabremos bien...

—Y ya no importa.

Su abogado acompañó a Bertha hasta el coche. A punto de despedirse, ella le dijo:

—Licenciado, aquí mismo cubriré sus honorarios.

—¿Le parece mucho cinco mil pesos?

—Déjeme darle el cheque.

Mientras registraba dentro de su bolsa sintió pasar, despacio por la vía angosta, el Chevrolet negro. Como un acto reflejo buscó al ocupante del asiento trasero. En otro, también reflejo, él se echó para atrás y ocultó la cara, pero el ritmo de su pecho traducía su respiración dificultosa. Bertha se entristeció:

—¿Hago el cheque al portador? —y un sollozo se le quebró en la garganta.

—¿Qué ocurre, señora? ¿Usted siempre tan valiente flaqueará a destiempo?

—No... —y no quiso comprender lo que intentaban decirle.

—Al portador. Gracias.

Rumbo a quien sabe dónde, Bertha recordó que Estela la invitaba a comer la semana entrante. Decidió disculparse, decidió alejarse de reuniones y pasar una temporada al cuidado de su madre enferma de los nervios. Cambió de ideas. Consideró las posibilidades de asolearse en la playa o trabajar o estudiar. Manejó por una avenida ruidosa. Un poco perdida, encontró otra con un camellón en medio. A pesar de sus lágrimas incontenibles notó que en ese otoño las hojas de los árboles también se habían perdido.

Los delfinios blancos para Emmanuel Carballo

**Hiciste bien en venir pues te aguardaba.
Y desfallecía por este deseo que enciende mi alma
Safo**

El cielo de Puebla no tenía nubes aquella mañana calurosa. Su infinidad azul presagiaba una tranquilidad tan sosegada como las promesas de dicha eterna que se habían hecho. Cuando llegó, él la condujo del brazo por unos pasillos encalados hasta encontrar los altos techos del Salón Barroco donde un arquitecto olvidado en el océano de la historia transformó sus imaginaciones en formas delirantes.

Le preparaba una sorpresa que ella recibía con el corazón lleno de campanas echadas al vuelo. La Orquesta Universitaria del Estado tocaría exclusivamente para ellos un selectísimo programa. Apenas atravesaron la puerta, los ejecutantes se levantaron de sus respectivos lugares. Cualquiera supondría que estuvieran en mangas de camisa; pero se habrían puesto trajes de gala. Momentos después, y sólo transcurrido el tiempo suficiente para que ellos ocuparan un par de sillones dispuestos, se dio curso a un concierto para flauta de Albinoni.

Si caminara por la calle o estuviera en un café, la personalidad del solista sería poco relevante; pero al tocar su instrumento el rostro le resplandecía y por la boca le brotaba un ímpetu prodigioso. De Albinoni pasó a Marcelo y a Vivaldi con interpretaciones cada vez más graciosas. Las notas, que desde el principio anunciaban travesuras y peripecias, irrumpieron a borbotones apoderándose del recinto. El re subió a lo alto de una cornisa, el mi remontó la bóveda, el do revoloteó como abeja por los artesonados, seguido de un caudal de escalas y arpegios que sin encontrar sosiego rozaban con sus alas invisibles las mejillas de los ejecutantes, del público compuesto por dos adultos que no se atrevían a mirarse para no modificar, ni siquiera con un parpadeo, el milagro de su dicha. El cantábile marcó el tiempo de pausa, dulcísimo recreo igual al que deben sentir los ángeles y santos en los círculos celestiales. El gordelino hablaba del éxtasis y del asombro que supone una transmutación, la del pan en hostia sagrada, la del capullo en mariposa, la del mosto en vino, la de los líquidos en cristales, la de la palabra en poesía, la del letargo cotidiano en amor. El segundo allegro fue despertar a una existencia excitante que descartara rutinas y cansancio. Otra vez las notas del pentagrama jugaron a ser arabescos y serpentinas, a enredarse en el viento como evocación vehemente de las cosas nobles y bellas de este mundo. Y, transcurridos algunos compases que prefiguraban el final, callaron tan prestas y alborozadas como al principio.

Ellos aplaudieron con un entusiasmo evidente en el brillo de sus ojos. Saludaron de mano a los músicos y les agradecieron ese regalo que hubieran juzgado innmerecido si en esos instantes no se creyeran merecedores de cuanto la vida ofrece a sus beneficiados. Sin proferir torpezas, él abrazó al solista que, con su flauta apretada contra el pecho, tenía la sonrisa de autocomplacencia que sólo aparece en los labios de quienes han llevado una tarea

hermosa a buen término.

—Esto fue por hacernos disfrutar sus conferencias y sus clases de literatura, maestro.

Y a él se le hizo un nudo en la garganta.

En Puebla hay restaurantes excelentes ¿pero quién apetecía comer? Mientras saboreaban una bebida, él descubrió sobre una mesa el periódico de ese domingo. Alguien lo había olvidado abierto en la columna del horóscopo. Buscó su signo y leyó en voz alta: “Cáncer. Su seriedad y experiencia le permitirán realizar cualquier deseo. Si lleva un ramo de flores blancas a su casa, conocerá una pasión ardiente y duradera”. Se rieron y él le dio un beso junto a la oreja, y ella se estremeció con la caricia.

En el campo las alturas conservaban su azul esmaltado, quizá algo oscurecido aunque sin anuncios de tormenta. Los volcanes ponían límites al horizonte con sus perfiles violetas y los resplandores de sus cimas. Llanuras verdes y bien cultivadas se extendían a lo largo de la carretera. El viento olía a hierbas silvestres, a retama y a claveles que sembrados en grandes tramos meneaban al son de una brisa leve sus cabezas rojas, lilas y amarillas. Ella conducía invadida por una felicidad que como el ritmo gozoso del *gordelino* entraba por la ventanilla abierta. De pronto desde las abundancias de una milpa salió un agricultor cargando un ramo gigantesco de delfinios blancos. Formaban un manojo vaporoso. Impulsado por sus anhelos, él pidió que se detuviera el coche y bajó a comprarlos.

Alta Costura para Luis Leal

Cuando llega esa mañana al taller de Poiret, Roma Chatov no sospecha siquiera que empieza a ser un instrumento de Dios. Se dirige al rincón donde se apoyan contra la pared los pesados tubos que envuelven el crepé de seda. Hace a un lado el azul índigo, el blanco helenio y atrae hacia sí el rojo sangre. Rectifica el ancho, uno veinte. Será un chal magnífico, piensa. Lo confeccionaré por entero, aunque reflexionándolo bien quizá convendría pasárselo a una bordadora para que cosiera las orillas; pero todas trabajan atareadas en los elaborados diseños del maestro. Urge terminar los trajes que usarán la duquesa de Guiche y madame Castellane en la recepción ofrecida por los Polignac la semana entrante. Así pues Roma regresa con su tela y se sienta junto a una ventana buscando la mejor luz del día. Gira el carrusel de carretes, elige un hilo de tono idéntico e inicia hábilmente la hilera de puntadas escondidas bajo el dobléz. Fue parte de su entrenamiento ejecutar cualquier tarea relacionada con el oficio, aunque se especializa en la pintura de gasas, rasos que llevan ramos de violetas, faroles chinoscos, manojos de corolas y pistilos o prismas y rectángulos en el más puro estilo art-decò; pero ahora da impulso a su imaginación sin obligarse a las exigencias de un modelo. Dibujar una golondrina fantástica que se remonte al cielo, metáfora clara, homenaje para aquella impredecible que intentaba volar y a quien sólo vio una vez en pleno descenso. Roma Chatov la recuerda con sensaciones contradictorias. Había acompañado a Poiret que, por deferencia a una de sus clientas más famosas y leales, aceptó complementar la escenografía de una velada dancística; algunos telones azules de diferentes matices, hojas de acanto y cirios encendidos en lugares estratégicos. Entre los contados concurrentes varios intelectuales. La pequeña Roma Chatov, recién llegada de Moscú, los reconoció fácilmente. Son personas célebres y sus fotografías aparecen en periódicos y revistas que ella hojea como parte de una educación mundana. Será pájaro. Sí, un pájaro fantástico y amarillo con las alas abiertas de un extremo a otro del rectángulo. Se repartía champán en esbeltas copas burbujeantes y se escuchaban trozos de conversaciones divertidas. Jean Negulesco le confesó a Rex Ingram que encontraba prodigiosa la iluminación. Otros comentaban, bajando la voz, que la anfitriona había dejado atrás sus triunfos, no era ni su sombra. El peso de los años y el de la tragedia ya no le permitían despegarse del suelo. Las alas extendidas abarcan el material encarnado y aún queda sitio para otros elementos que complementen la plasticidad de la figura. Ha quedado atrás la ninfa ingrávida que aplaudíamos rabiosamente por la originalidad de sus coreografías, comentó Marguerite Jamois. Sin embargo siempre podría darnos sorpresas, dijo Marie Laurencin. Se escucharon las primeras notas de una sonata de Bach. Desde sus telones la bailarina surgió con una vela entre los dedos, el cabello suelto teñido de púrpura, descalza, cubierta por una toga blanca. Nadie supo cómo avanzó hasta el punto donde se hallaba, metida en su música escuchándola con unción, para sí misma, ajena a sus invitados, al mundo tangible y cotidiano. Entregada a un rito del que era sacerdotisa única. Permanecía estática, imagen detenida, congelada por la cámara de un fotógrafo portentoso. Estaba ahí y estaba en otra parte. Luego, de manera insensible prendió uno tras otro doce candeleros colocados alrededor del piano. ¿Se mueve? ¿Se ha movido?

Preguntaban. Sus pies no parecían dar un paso, como si las pisadas obedecieran al ritmo interior de una armonía secreta. Tenía un halo plata, una expresión demudada. ¿Seguía la música? ¿La música la seguía? Nadie lo hubiera asegurado, nadie cambiaba postura ni profería palabra por miedo a romper la magia; como si el silencio fuera respuesta al milagro producido hasta que ese encanto se esfumó en un acto de prestidigitación. Sobre el crepé rojo el pájaro toma forma cercado por signos negros que semejan una caligrafía oriental y en realidad nada significan. Pausa breve. Las teclas de marfil se hundieron precipitando en la atmósfera una mazurca de Chopin. La danzarina coronada de rosas volvió semi cubierta con una túnica traslúcida a la mitad de sus muslos desnudos. Ella, que hacía unos instantes recordaba el retrato que en el apogeo de su gloria se hizo Arnold Genthe, brazos en alto, cabeza hacia atrás, garganta ebúrnea. Ella, que minutos antes resucitaba la simplicidad perfecta de la escultura griega, se contorsionaba en un espectáculo grotesco. Resultaba obsceno su rostro hinchado por el alcohol, su escote sudoroso, las piernas celulíticas saltando pesadamente contra el piso, los brazos que alguna vez emularon guirnalda de laurel y entonces simulaban aros circenses dispuestos para que saltaran dentro de camada de perrillos. Carreras absurdas, arriba y abajo del reducido espacio, y ubres colgantes que las transparencias revelaban impudicamente. Gracia de avestruz, decrepitud precipitada en una resbaladilla. Redundante su respiración sonora, estertor producido por el esfuerzo. Un último brinco y se clavó con un pie al frente y las manos extendidas hacia los espectadores que suspiraron aliviados cuando la música cesó. Después la ocultista se fue para vestirse dejando a sus amigos paralizados en sus respectivos lugares, sin abrir la boca o atreverse a cruzar miradas en la quietud silenciosa. Sentían vergüenza y culpabilidad cómplice de un crimen, el de haber constatado un derrumbe. Picasso, con las brasas de sus ojos fijadas en el hueco que la bailarina había dejado, se sobresaltó con la voz puntiaguda de Jean Cocteau que silbó en el aire: admítelo, este genio ha matado la fealdad. Al regresar, Poiret se negó a los comentarios y la pequeña Roma Chatov se quedó callada en la incomodidad del coche experimentando la despreocupada compasión que sienten las mujeres jóvenes por las que dejaron de serlo, y también queriendo solidarizarse contradictoriamente con quien intentó fundar una escuela para bailarinas pobres en su país de nieves remotas. Por eso ahora dibuja las plumas ficticias de un ave, el pico agresivo, el gordo pecho figurando en una línea, y decide enviarlo a Niza sin suponer que en el intrincado tapiz del destino ella es el hilo y la aguja, los colores, el pincel de Dios. Y sin saber tampoco que su bello, delicadísimo, poderoso, resistente regalo dobladito en ambos papeles será el instrumento liberador con que Isadora Duncan morirá estrangulada.

La hechicera

Por entonces estaba nimbada de rosa, con un aura color durazno. El mismo color que elegía para las sutiles mascaradas de gasa que se enrollaba al cuello cuya consistencia etérea recordaba los pañuelos que los ilusionistas sacan de sus sombreros, complemento de ese cabello claro, sin peso, que ocasionalmente la caía sobre la frente y echaba hacia atrás con un rápido movimiento de cabeza. Subía el cuello de su abrigo pelo de camello beige, martingala, botones de concha, y metía las manos en las bolsas alzando los hombros con una despreocupada irresponsabilidad de adolescente dispuesta a enfrentar las eventualidades de este mundo. La acompañaba siempre su hermana gemela, pálida emulación de sus facciones finas y sus ojos cafés. Curiosa simbiosis que sin embargo no le restaba libertad, como si sólo a ella le fuera posible mover esa nube rosada que la seguía por dondequiera.

La última vez que nos vimos en México yo cruzaba la Plaza río de Janeiro sumido en mis pensamientos. Desde la orilla opuesta gritaron para que las viera. Nos saludamos sorteando al apócrifo David de Miguel Ángel, que el tiempo ha vuelto familiar, colocado allí por órdenes de algún regente ciudadano. Descubrí que iba también el chaparro y mal encarado don Porfirio. Desde lejos alcé la mano y no detuve el paso porque sentí un escalofrío. En la distancia se tornaron tres siluetas levemente difusas.

Meses más tarde salieron del país rodeadas de enredos que nadie ha esclarecido. Se hablaba de conjuras contra el Gobierno, delaciones, tratos con la CIA o amistades con un político carismático empeñado en atacar altos mandos institucionales. Incongruencias y contrasentidos velaron su inesperada partida resuelta abruptamente.

A pesar de ese exilio voluntario o forzoso, Irene mandaba originales para que se publicaran aquí. Yo los buscaba recién salidos de prensa, con la tinta fresca y la tirantez de las páginas que todavía nadie ha transitado. La misma voracidad me producían sus cartas llegadas esporádicamente, escritas a máquina. Sucesiones de equis tapaban tachaduras, arrepentimientos, frases corregidas. Salvo la firma ininteligible, no me permitían apreciar la forma de su letra ¿Sería cursiva, redonda, nerviosa, de rasgo dilatados, las mayúsculas garigoleadas y las eses finales condensadas en un curva sugerida?

Hablaba de su arte, sus problemas temáticos. Dedicaba párrafos enteros el gordo y castaño don Porfirio que causaba estropicios y el obligado abandono de vivienda. Mencionaba a su hermana. Contaba que nadie las confundía, no obstante ser idénticas. Los mensajes llevaban noticias de mala salud y sobresaltos en una fuga cuyas causas nunca aclaró. Sus novelas tampoco decían gran cosa. Los motivos y situaciones de su intempestiva desaparición quedaban ocultos bajo una hojarasca. Los enigmas cubrían algo turbio donde flotaban vagos olores fétidos. Luego supe que el secreto de su enorme talento radicaba precisamente en ese juego de tapar o aclarar con luz de melocotones frescos algunos hechos. Las palabras y las cosas encontraban por su conjuro un acomodo exacto en algo que se llama literatura. Sirena encantadora, entonaba varias voces, cantaba a capela, se trataba idealizada a través de sus amantes, recuperaba su infancia feliz desentrañando cabalísticos listones interminables. Inventaba absurdos reconstruyendo una historia de amor imposible, y soñaba

el encuentro postrero y fantasmagórico. Desafiaba el tiempo y sus estragos a cargo del timonel. Y su barco se deslizaba confiado hacia el infinito desconocido.

Decidí dedicarle mi tesis doctoral. Admiré su inteligencia lúdica, sus artificios, y me entretuve —sin importar horas ni desvelos— leyendo cada renglón salido de la vieja Smith Corona que tecleaba incasablemente. Yo le daba alas a esa enorme vanidad, sintomática de los escritores, y puede sostener con ella una correspondencia aunque perdí su pista corto tiempo. Me preocupaba el cambio constante de direcciones bajo el nombre de la remitente e incluso me preguntaba si aún vivía en la última; pero, en esa misma carta me apuntó su número telefónico que usé sólo una vez porque a Irene no le corrían los minutos y permaneció horas en la línea detallándome la vida de Greta Garbo y las proezas de Rommel comandando los ejércitos de Hitler en el desierto del Sahara, desentendida de que teníamos el Atlántico entre nosotros y que la comunicación costaría toda mi quincena de maestro asociado C, tiempo completo, en la Universidad.

Me propuse mejor visitarla durante mi año sabático. Iría a París como un deber imprescindible para completar capítulos y aclarar dudas porque la tarea de los investigadores es obstrusa y casi anónima, exige noches de insomnio y tenaces cavilaciones. El asunto central de sus relatos era la fuga y la persecución en una angustia que únicamente terminaba con el descanso de la muerta, y mi ensayo había crecido hasta proporciones alarmantes como pústula infectada, intentando llegar al meollo, bucear sin lograrlo hasta el secreto de la concepción creadora. Y no estaba seguro siquiera del título que llevaría, quizá por carecer de datos fidedignos para desarrollar una teoría que me dejara satisfecho.

Desde mi hotel la llamé. El teléfono tuvo ocho, nueve repiqueteos y al fin oí su voz cuando me disponía a colgar pensando que no había nadie. Una voz cambiada por los años, recordaba el matiz crujiente y sordo de las hojas que yo había pisado en las cuatro o cinco tardes de mis recorridos parisinos otoñales, mientras maduraba algunas preguntas y la manera de eslabonarlas.

—¡Ah! Eres tú —me dijo poco entusiasta —¿Cuándo llegaste? ¿Quieres vernos? No hay inconveniente. Hemos permanecido como una isla mexicana en medio de la *ville*. Jamás tenemos compromisos. Convendría que vinieras a las siete. Cualquier taxista te traerá al XVI^{ème}. *Arrondissement* y esta calle es archifamosa. Cenaremos en algún restorancito cercano, la mayoría son muy monos—. Y colgó según su costumbre sin esperar réplica ni comentarios.

Me pareció lógico que viviera en un barrio habitado por millonarios y marqueses. Imaginé la decoración de su casa, vidrios tornasolados, objetos preciosos, búcaros ambarinos, lámparas esmaltadas tipo Tiffany, *secretaires* taraceados, esfinges, paredes cubiertas con muaré, ramos de lirios y hortensias, sillitas patas de libélula. Tesoros maravillosos que no apocaban las frases geniales, los diestros adjetivos que Irene encontraba, el vuelo artificioso de palabras que traducían sus imaginaciones contadas junto a las fogatas medievales, con el rostro chapeteado por el fuego, como si al llamado de su fascinación un territorio ignoto se transformara en algo inaprensible y deslumbrante.

Yo había hallado un hotelito cerca del Campo Marte. Caminé sus jardines y me detuve en el puente de la torre Eiffel para contemplar la trayectoria del Sena. El horizonte perfilaba la iglesia de Saint Pierre de Chaillot. En el atardecer se filtraban los últimos rayos y llegué hasta un puesto donde escogí una docena de tulipanes rosas. Exigí a la vendedora el mayor cuidado al seleccionar los botones envueltos en papel celofán que reflejaba cada capullo.

Finalmente le indiqué la dirección a un chofer.

El frente del edificio conservaba la sobria armonía del entorno. Construcciones de cantera gris, balcones redondo, rejas nobles, mansardas que quizá fueron de teja marsellesa. La portera me indicó con mal talante una puerta del tercer piso. A medida que escalaba la curva escalera de mármol bordeaba por su barandal *Art nouveau*, percibí un aroma ácido parecido al amoníaco, más penetrante frente al timbre.

Abrió personalmente vestida con un suéter negro ajustado. Me faltaban datos para reconstruir su imagen evanescente, a pesar de la memoria, los rectores de periódico y los retratos; pero estaba seguro que en el momento de nuestro nuevo encuentro llevaría su collar que nunca se quitaba y que había acortado desengarzando algunas perlas para dejarla en manos de tenderos, gerentes de hoteles caros y dueñas de fondas baratas.

No obstante las imprecisiones, la recordaba así, en aquel instante: nimbada, esbelta, aún sin canas. Solamente en el borde de sus ojos tenía un cerquillo rojo y al fondo de la pupila algo nostálgico, evidencia de que los años pasaron dejándole hondas tristezas. Al mirarla pensé que nuestros amigos revelan cualidades de espejo; sin embargo, apenas hubo tiempo para reflexiones. Me franqueó la entrada con un ademán amplio y una sonrisa. La abracé conmovido, le di las flores y sobrevino un fugaz desconcierto porque no sabía dónde ponerlas. Si el edificio era elegante y sobrio, el mobiliario del departamento resultaba desolador. Un hermoso armario de luna al frente contrastaba con varias cajas dejadas sobre el piso desde la mudanza y con un viejo baúl de broches oxidados, una mesa sin pata, dos sofás peludos y un *chaise longue* que abortaba resortes.

Sin notar mi sorpresa, Irene apagó su cigarro en un cenicero del Ritz olvidado encima de la chimenea. Cerca, don Porfirio movía acompasadamente la cola y me censuraba.

—¿Lo recuerdas? —me preguntó Irene—. ¿Verdad que es un personaje? Ningún pariente suyo, ni siquiera sus cuatro hermosos hijos, derriban la dictadura que supo fincar—. Y revisó en derredor buscando un recipiente para deshacerse del ramo que la incomodaba al restarle libertad de movimientos.

Su hermana apareció en el recuadro de la puerta con una sonrisa melancólica y una salvadora botella llena de agua donde colocamos los tulipanes para dejarlos en la mesa coja mediante un leño estabilizador. Ya entonces el tufo a orines del cuarto me producía horribles náuseas y sugerí salir hacia la noche fresca.

Irene y su hermana se pertrecharon contra el frío con dos magníficos abrigos de visón color champagne y la cena fue un catálogo de añoranzas y recuerdos diluidos a sorbitos por un Rosé D'Anjou escanciado hasta unas copas de tallo fino que el *maitre* había revisado con exquisito esmero, una por una contra la luz de la bombilla.

—¿Escribes mucho? —pregunté cauteloso, disimulando mi deseo de recabar datos frescos para mis investigaciones y con el suficiente tacto para que mi invitación no pareciera un acto interesado u oportunista.

—Hace meses terminé la biografía de mi artista cinematográfica favorita. Me entretuve haciéndola el mismo tiempo que llevas en tu bendita tesis doctoral. Junté los datos durante estos treinta años que pasaron desde que abandonamos México. Eras un muchachito y ahora estás en la edad madura, con canas en las patillas —dijo Irene y continuó fiel a su manía de abordar varias cosas a la vez—. Además, acabé dos o tres novelas, me ocupo de una obra dramática a la que no logro darle forma y, por supuesto, redacto mis memorias. Ahí aclararé algunos asuntos. Mi baúl antiguo está lleno de manuscritos que don Porfirio y su familia

guardan celosamente para la posteridad, cuando alguien se ocupe de mi exhumación—. Y le dio un tono sarcástico a las últimas palabras.

Se me cortó el aliento. Pensé que resolvería mis dudas si me permitieran revisar esos papeles un par de mañanas y mi tesis tendría una autoridad incuestionable. Pero los felinos son crueles, fijan en uno sus pupilas y escudriñan las ambiciones más soterradas, y estaba seguro de que don Porfirio era un enemigo al que quizá sólo vencería tirándole desde lejos pasteles envenenados, como en los cuentos infantiles donde los pretendientes de las princesas distraen dragones y monstruos nocturnos siguiendo consejos de espíritus protectores; sin embargo creí que mis ángeles benéficos se presentaban sobre el blanco mantel, en el vino que animaba mi timidez.

—¿Sabes, Irene, que a los gatos se les atribuye comercio con el diablo por su amistad con los magos? —pregunté.

—Para mí son talismanes, instrumentos sagrados, porque se me parecen. Han padecido persecuciones injustas—. Y soltó una risita algo burlona y su hermana asintió.

Advertí que durante toda la noche no se había reído como antes, cuando celebraba su propia impertinencia, la gracias que le otorgaba su aureola desvaída. Y observé además que hasta entonces la hermana había sido el convidado de piedra. Eso curiosamente me estimuló y solté mis preguntas capitales, torpedos que intentaban sobresaltar a un submarino.

—¿De qué huyes, Irene? ¿Quién te acosa? ¿Qué te impide regresar?

—La maldición gitana, hijo —repuso bromista y ceceando— ¿No te das cuenta? Vivo de milagro gracias a la protección de mis guardianes. Y respecto a tus otras preguntas, creo habértelas contestado hasta el cansancio. Lo explico en mis cuentos y en mis cartas te relaté los incidentes que me permitieron escribirlos.

Quise argumentarle que nunca lo había hecho sin subterfugios. Sus textos se plagaban de ambigüedades deliberadas. Sin permitírmelo, prosiguió cortante:

¡Claro! Cómo entenderías que las cosas importantes cuestan mucho, si no comprendes mi literatura ni eres buen correspondiente. Andas por la vida con una incapacidad espantosa para darte cuenta que a los brujos ni las hogueras nos extinguen. Nos reproducimos por generación espontánea y a veces por partida doble—. Y la hermana volvió a mover la cabeza cómplice.

Irene me interrumpió inesperadamente coqueta: —La edad te sienta. Eres menos guapo; pero más chic. Me preguntó si había visitado la exposición sobre Víctor Hugo de L'Orangerie. Y pasó su mano sobre el borde de la copa dos o tres veces suavemente, la cubrió con la palma y al voltearla descubrió un angelito de ojos inquisitivos que revoloteó entre los platos y se fue esfumando ante mi asombro.

Pedí la cuenta y regresamos a pie. Después de las doce no transitaban por el rumbo sino Lancias, mercedes Benz, Citroens, y nosotros no teníamos siquiera escobas o tapetes voladores.

Al abrir la puerta encontramos un espectáculo maravilloso. La sala había sido tomada por una milicia gatuna. Dueños de la plaza, los capitanes permanecían arriba del armario, los soldados rasos en los rincones. Mis tulipanes yacían destrozados en medio de un charco sobre la mesa checa. La botella había rodado al suelo y don Porfirio comandaba la acción. Trepado en el baúl me miraba ferozmente. Irene avanzó hacia él y lo tomó en brazos.

—Pobre centinela fiel de una hechicera —le musitó en sus orejas picudas acariciándole el lomo.

Sin inmutarse, la hermana encendió un cigarrillo y me ofreció otro aunque jamás he

fumado. Irene tiró descuidadamente su abrigo que cayó al revés en uno de los asientos. El terso raso del forro invitó a don Porfirio, quien saltó encima con la saña de sus uñas afiladas. Me pareció una iniquidad y traté de impedirselo; pero Irene me detuvo.

—Deja que se divierta, inocente criatura. Es inofensivo con su vejez a cuestas y nuestra compañía constante en este largo destierro. Resulta un prodigio de conservación; tiene más años que las pirámides de Egipto.

Y don Porfirio dialogó con ella ronroneando. La hermana encendió otro cigarro y volvió a ofrecerme. La peste a orines de gato aumentaba por segundos. Sentí las lámparas verdes de don Porfirio sacándome una radiografía en una atmósfera nublada. Las figuras del salón se tornaron unas siluetas lentamente distantes; menos Irene que se acercó moviendo sus dedos como prestidigitadora y de mi oído izquierdo sacó una moneda de oro con la que pagué mi boleto de regreso.

Índice

- [Sólo era una broma para Jaime Labastida](#)
- [Desfile de modas para Ana Rosa Domenella](#)
- [El bistec](#)
- [Una mujer altruista para Luis Mario Schneider](#)
- [Una hilera de besos para Alberto Dallal](#)
- [Un incidente navideño para Joel Hernández](#)
- [El niño y los gansos](#)
- [Don't try this at home Homenaje a Inés Arredondo](#)
- [Entrevista con una leyenda](#)
- [Las dulces](#)
- [Progreso para Hernán Lara Zavala Hernán Menéndez Elvia Rodríguez Cirerol](#)
- [Y las hojas de los árboles también se habían perdido](#)
- [Los delfinios blancos para Emmanuel Carballo](#)
- [Alta Costura para Luis Leal](#)
- [La hechicera](#)